

A. W. T O Z E R

LA
CONQUISTA
DIVINA



A
todos los peregrinos de la Eternidad
cuya desconfianza con respecto a la tierra
los ha constreñido
a buscar en Dios una más permanente realidad,
les ofrezco esta pequeña obra
en humilde dedicatoria.

A. W TOZER

LA CONQUISTA DIVINA

EL PODER DEL MENSAJE CRISTIANO

Traducido del inglés por Santiago Escuin

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

LA CONQUISTA DIVINA

© 1978 por Lowell Tozer. Publicado con autorización de
Christian Publications

Título en inglés *THE DIVINE CONQUEST*

©1990 por CLIE

Depósito Legal: B. 1.811-1990
ISBN 84-7645-387-6

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. n^o 265 S.G. -Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n- 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

INDICE

INTRODUCCIÓN

PREFACIO

1. El Continuo Eterno
2. En palabra o en poder
3. El misterio del llamamiento
4. Victoria a través de la derrota
5. El Olvidado
6. La iluminación del Espíritu
7. El Espíritu como poder
8. El Espíritu Santo como fuego
9. Por qué el mundo no puede recibir
10. La vida llena del Espíritu

INTRODUCCION

ESTE LIBRO CONTIENE medicina fuerte, amarga a la boca, pero potente si se toma con contrición y fe. Para una generación satisfecha en su presunción, emocionalmente agotada por la palabrería y las vaciedades de algunos líderes bienintencionados pero errados, superficialmente familiarizada con todos los puntos sutiles de frases teológicas bien cuidadas, la medicina puede ser demasiado amarga. Sólo los que han perdido toda esperanza se beneficiarán. Que muchos sean los muertos del Señor, y que se multipliquen los desesperanzados. Sólo entonces podremos experimentar lo que algunos de nosotros conocemos de oídas.

Algunos observarán aquello en lo que están en desacuerdo. Demasiado de esto, o demasiado de aquello, dirá la excusa. No te encuentres entre ellos. ¿Y qué si algo se dice de diferente manera? ¿Y qué si el predicador mantiene otra perspectiva acerca de la soberanía, de la santidad, del hombre (y bien pudiera estar en lo cierto)? No te pierdas el meollo por tu estudio de la corteza.

El autor es un profeta, un hombre de Dios. Su vida, lo mismo que sus sermones, son testimonio de ello. Aquí habla; no, más bien predica: no, más bien truena el mensaje de Dios para aquellos de nosotros que estamos terriblemente empobrecidos, aunque creemos que somos ricos y que de nada tenemos necesidad. No tengas miedo de los truenos del lenguaje. Ni temas los osados y acerados golpes del rayo del habla. Para todos los que escuchen, para todos los que obedezcan, aquí tenemos la respuesta de Dios a nuestra necesidad: Él mismo.

-WILLIAM CULBERTSON,
Presidente Instituto Bíblico Moody

PREFACIO

Es, SUPONGO, totalmente imposible para cualquiera que esté familiarizado con el Antiguo Testamento sentarse a escribir un libro sin recordar con alguna inquietud las palabras del predicador, el hijo de David, rey en Jerusalén: «Ahora, hijo mío, además de esto, está sobre aviso: Nunca se acaba de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne.»

Creo que puedo llegar a la sana conclusión de que el mundo, por medio de esta fatigada declaración, se ha visto librado de una inmensa cantidad de libros carentes de valor que de otro modo habrían sido escritos. Y con ello tenemos una gran deuda contraída con el sabio viejo rey, sí, más grande de lo que nos imaginamos. Pero si el recuerdo de los muchos libros ya escritos ha sido de ayuda para refrenar siquiera un poco la producción de otros libros de poca calidad, ¿no podría también haber servido de ayuda para impedir la aparición de algunos que de veras pudieran haber contenido un mensaje auténtico para la humanidad? No, no lo creo.

El único libro que debiera ser escrito es el que brota del corazón, impelido por la presión del interior. Cuando una obra así es gestada dentro del hombre es casi seguro que será escrita. El hombre que tiene así la carga de un mensaje no retrocederá ante ninguna de estas consideraciones de saturación. Para él, este libro no sólo es imperativo, sino que será inevitable.

Este pequeño libro acerca del camino espiritual no ha sido «hecho» en ningún sentido mecánico. Ha nacido y brotado de una necesidad interior. A riesgo de mezclarme con una compañía dudosa, puedo reivindicar para mí mismo el testimonio de Eliú hijo de Baraquel buzita, de la familia de Ram: «Porque estoy lleno de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí.» Y su temor de que si no hablaba se rompería cual odre nuevo carente de respiradero me es cosa bien conocida. La vista de la iglesia languideciente a mi alrededor y las operaciones de un nuevo poder espiritual en mi seno me han impuesto una presión imposible de resistir. Tanto si este libro alcanza a un amplio público como si no, tiene sin embargo que

ser escrito, aunque no sea por otra razón que para dar alivio a una carga insoportable en mi corazón.

Junto con esta franca explicación de su génesis espiritual, permítaseme añadir (y rechazo la aparente contradicción) que no reivindico para este libro ni originalidad ni ningún grado de inspiración superior al que pueda pertenecer a cualquier siervo de Cristo. La «presión» a la que me refiero puede resultar no ser otra cosa que los apretujones y la tensión que resultan del esfuerzo de ser bueno en un mundo malo y de honrar a Dios en medio de una generación de cristianos que parecen dedicados a dar gloria a todos menos a Él.

En cuanto a originalidad, ¿no ha observado alguien que nadie desde Adán ha sido totalmente original? «Todo hombre», dijo Emerson, «es una cita de sus antepasados». Todo lo que puedo esperar es que este libro pueda ser un énfasis correcto en el momento oportuno. Si el lector descubre aquí algo verdaderamente novedoso, debe en buena conciencia rechazarlo, porque en religión todo lo que sea novedoso es por ello mismo falso.

Sin duda, el lector detectará en estas páginas rastros de otros corazones además del mío. Quisiera ser el primero en señalar que la influencia de muchas mentes se encuentra por todas partes en ellas. Aquí están los maestros de la vida interior (por muy imperfectamente representados que estén), los piadosos maestros a cuyos pies me he sentado por largo tiempo y de buen gusto, y de cuyos pozos he sacado agua con reverencia y gratitud. Levanto mis ojos con gratitud a Dios por los hombres que me han llevado a desear el mejor camino: Nicolás Hermán y aquel otro Nicolás de Cusa, Meister Eckhart, Fenelón y Faber. A éstos los designo por su nombre porque son los que de más ayuda me han sido, pero hay otros muchos también, entre ellos el gentil viejo «John Smith, M.A.», cuyo nombre lo hace casi anónimo, y acerca del que nada sé excepto que su estilo es como el de lord Francis Bacon y su espíritu como el del cuarto Evangelio, y que una vez publicó, muy atento, unos pocos de sus sermones, uno de los cuales, en un momento feliz, un veterano misionero puso en mis manos.

No hago pretensión hacia nada parecido a una erudición intachable. No soy una autoridad en cuanto a la enseñanza de nadie. Nunca he pretendido serlo. Tomo mi ayuda donde la

encuentro, y me pongo de corazón a pacer allí donde la hierba es más verde. Sólo pongo una condición: mi maestro tiene que conocer a Dios, como dijo Carlyle, «más que de oídas», y Cristo debe ser todo en todo para él. Si alguien sólo puede ofrecerme una doctrina correcta, con toda seguridad me escaparé al primer intermedio para buscar la compañía de alguien que haya visto por sí mismo la hermosura del rostro de Aquel que es la rosa del Sarón y el lirio de los valles. Este hombre podrá ayudarme, y nadie más.

El argumento de este libro es la *interioridad esencial* de la verdadera religión. Espero mostrar que si conociéramos el poder del mensaje cristiano, nuestra naturaleza deber ser invadida por un Objeto más allá de ella misma; que Aquello que es externo tiene que venir a ser interno; que la Realidad objetiva que es Dios tiene que traspasar el umbral de nuestra personalidad y tomar su residencia dentro.

Al argüir así, se podrá decir que estoy errado, pero como Blake escribió en cierta ocasión, «si estoy errado, lo estoy en buena compañía», porque ¿acaso no es otra forma de decir: «El espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha para nada»? Lo esencial de una vida Interior correcta era la carga de la enseñanza de Cristo, e indudablemente fue una de las principales causas de su rechazamiento por parte de aquellos notorios externalistas, los fariseos. Pablo predicó también de continuo la doctrina del Cristo morando en el creyente, y la historia revelará que la Iglesia ha ganado o perdido poder exactamente en cuanto se ha movido hacia o se ha alejado de la interioridad de su fe.

Quizá no estará de más aquí una palabra de advertencia. Es la de guardarnos de poner nuestra confianza en los libros como tales. Se precisa de un decidido esfuerzo de la mente para liberarse del error de hacer de los libros y de los maestros un fin en si mismos. Lo peor que un libro puede hacerle a un cristiano es dejarle con la impresión de que ha recibido de él algo realmente bueno. Lo mejor que puede hacer es señalarle el camino al Bien que está buscando. La función de un buen libro es la de levantarse como una señal que dirige al lector hacia la Verdad y la Vida. El mejor libro es el que más pronto se hace innecesario, así como el poste de señales sirve mejor después que ha sido olvidado, después que el viajero ha llegado sano y salvo al puerto deseado. La obra de un buen libro es incitar al

lector a la acción moral, a volver su mirada hacia Dios y a apremiarle a avanzar. Pero no puede hacer nada más que esto.

Se debe decir algo acerca del uso de la palabra *religión* en estas páginas. Sé lo descuidadamente que ha sido empleada por parte de muchos, y cuántas definiciones ha recibido de manos de filósofos y psicólogos. A fin de clarificar su sentido tanto como me sea posible, permítaseme decir que la palabra *religión*, tal como la empleo aquí, significa la totalidad de la obra de Dios en el hombre y la totalidad de la respuesta del hombre a esta obra interior. Me refiero al poder de Dios obrando en el alma tal como el individuo lo conoce y experimenta. Pero esta palabra tiene también otras áreas de significado. En ocasiones significara doctrina, en otras la fe cristiana o el cristianismo en su acepción más amplia. Es una buena palabra, y es escritural. Intentaré emplearla con cuidado, pero invoco la caridad del lector para perdonar la falta si la encuentra con una mayor frecuencia de lo que quisiera.

Es imposible viajar hacia el sur sin darle la espalda al norte. No se puede plantar hasta haber arado, ni proseguir adelante hasta que se hayan eliminado los obstáculos que cierran el paso. Por ello, es de esperar que se encuentre aquí algo de gentil crítica. He considerado mi deber oponerme a todo lo que se levanta en el camino del progreso espiritual, y apenas si es posible oponerse sin dañar los sentimientos de alguien. Cuanto más acariciado sea el error, tanto más peligroso y más difícil es siempre de corregir.

Pero quisiera traerlo todo a la prueba de la Palabra y del Espíritu. No sólo de la Palabra, sino de la Palabra y del Espíritu. «Dios es Espíritu», dijo nuestro Señor, «y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad». En tanto que nunca es posible tener el Espíritu sin al menos una medida de verdad, infortunadamente sí es posible tener una corteza de verdad sin el Espíritu. Nuestra esperanza es que podamos tener tanto el Espíritu como la verdad en la más plena medida.

1

El Continuo Eterno

Como estuve con Moisés, estaré contigo.
Josué 1:5

LA PRIORIDAD INCONDICIONADA de Dios en su universo es una verdad celebrada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El profeta Habacuc la cantó con un lenguaje extático: «¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, mi Dios, mi Santo?» El apóstol Juan la estableció en cuidadosas palabras cargadas de significado: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.»

Esta verdad es tan necesaria para rectificar los pensamientos acerca de Dios y de nosotros que apenas si se puede enfatizar lo suficiente. Es una verdad conocida por todos, una especie de propiedad común de todas las personas religiosas, pero por la misma razón de ser tan común tiene ahora poco significado para ninguno de nosotros. Ha sufrido la suerte de la que escribe Coleridge: «Las verdades, de entre ellas las más pavorosas e interesantes, son demasiadas veces consideradas como *tan* ciertas, que pierden todo el poder de la verdad, y yacen echadas en el dormitorio del alma. Junto con los más menospreciados y refutados errores.» La Prioridad Divina es una de estas verdades «yaciendo en cama». Deseo poner todo lo que esté de mi parte por rescatarla «del descuido provocado por la misma circunstancia de su admisión universal*. Las verdades descuidadas del cristianismo sólo pueden ser revitalizadas cuando mediante oración y larga meditación las aislemos de entre la masa de nebulosas ideas de las que están llenas nuestras mentes, y las mantengamos firme y decididamente en el centro de la atención de la mente.

Para todas las cosas. Dios es el gran Antecedente. Por cuanto Él es, nosotros somos y todo lo demás es. Él es aquel «Terrible e Inoriginado». el Ser Absoluto. Autocontenido y Autosuficiente.

Faber vio esto cuando escribió su gran himno celebrando la eternidad de Dios:

*Gran Dios, Tú no tienes Juventud,
Un Fin sin principio eres Tú;
Tu gloria en sí misma moró
Y morando sigue en su sereno corazón;
Ninguna edad puede en Ti sus externos
años acumular;
¡Amado Dios! Tú mismo eres tu misma eternidad.*

No dejes esto de lado como otro mero poema más. La diferencia entre una gran vida cristiana y una vida de cualquier otra clase reside en la calidad de nuestros conceptos religiosos, y las ideas expresadas en estas seis líneas *pueden* ser como travesaños en la escalera de Jacob llevándonos a una Idea más sana y satisfaciente de Dios.

No podemos pensar rectamente acerca de Dios hasta que comencemos a pensar en Él como estando siempre *ahí. y ahí primero*. Josué tuvo que aprender esto. Había sido durante tanto tiempo siervo de Moisés, y había recibido con tanta certidumbre la palabra de Dios de boca de él, que Moisés y el Dios de Moisés habían llegado a quedar combinados en su mente, tan combinados que apenas si podía separar ambos pensamientos; por asociación, siempre aparecían Juntos en su mente. Ahora Moisés ha muerto, y para que el Joven Josué no se sienta golpeado por la desesperación. Dios habla para afirmarlo: «Como estuve con Moisés, estaré contigo.» Moisés había muerto, pero el Dios de Moisés seguía viviendo. Nada había cambiado, y nada se había perdido. Nada de Dios muere cuando muere un hombre de Dios.

«Como estuve..., estaré.» Sólo Dios podía decir esto. Sólo el Eterno podía pronunciarse con el eterno YO SOY y decir: «Estuve» y «estaré». «Fui» y «seré».

Aquí reconocemos (y hay temor y maravilla en este pensamiento) la unidad esencial de la naturaleza de Dios, la persistencia atemporal de su Ser Inmutable a través de la eternidad y del tiempo. Aquí comenzamos a ver y a sentir el Continuo Eterno. Sea donde sea que comencemos. Dios está ahí primero. Él es Alfa y Omega, el principio y el fin, que era, que es, y que ha de venir, el Omnipotente. Si retrocedemos a los

más alejados límites del pensamiento en el que la imaginación toca el vacío precreacional, allí está Dios. En una mirada presente unificada Él abarca todas las cosas desde la eternidad, y el batir de un ala de un serafín de aquí a mil años es visto por Él ahora sin mover sus ojos.

Hace tiempo yo habría considerado estos pensamientos como una mera ornamentación metafísica sin ningún sentido práctico para nadie en un mundo como éste. Ahora los reconozco como verdades sanas y fáciles de captar y con un potencial beneficiador ilimitado. El fallo en tomar una correcta perspectiva al comienzo de nuestras vidas cristianas puede tener como resultado debilidad y esterilidad para el resto de nuestras vidas.

¿No podría ser que lo Inadecuado de mucha de nuestra experiencia espiritual puede remontarse a nuestro hábito de saltar a la comba por los pasillos del Reino como niños a través del mercado, charlando acerca de todo, pero nunca deteniéndonos para aprender el verdadero valor de nada?

En mi impaciencia de criatura me veo frecuentemente impulsado a desear que hubiera alguna manera de llevar a los cristianos modernos a una vida espiritual más profunda sin dolor y mediante lecciones breves y fáciles. Pero estos deseos son en vano. No hay atajos. Dios no se inclina ante nuestro nervioso apresuramiento ni ha abrazado los métodos de nuestra edad de las máquinas. Estará bien que aceptemos ya la dura realidad: *el hombre que quiera conocer a Dios debe darle tiempo*. No debe considerar como malgastado el tiempo que pase en cultivar su conocimiento. Tiene que darse a la meditación y a la oración horas y horas. Así lo hicieron los santos de la antigüedad, la gloriosa compañía de los apóstoles, la buena compañía de los profetas y los miembros creyentes de la santa Iglesia en todas las generaciones. Y así tenemos que hacerlo nosotros si queremos seguir las pisadas de ellos.

Querriamos así pensar en Dios manteniendo la unidad de su increado Ser en medio de todas sus obras y de sus años, como siempre diciendo no sólo «hice» y «haré», sino también «hago» y «estoy haciendo».

Una fe robusta demanda que nos aferremos firmes a esta verdad, y sin embargo sabemos cuan pocas veces este

pensamiento entra en nuestras mentes. Habitualmente nos afirmamos en nuestro *ahora* y miramos por fe para ver el pasado lleno de Dios. Miramos adelante y lo vemos morando en nuestro futuro; pero nuestro *ahora* está desierto excepto por nuestra propia presencia. Así, somos culpables de una especie de ateísmo temporal que nos deja solitarios en el universo mientras que, por el momento. Dios no está ahí. Hablamos y hasta vociferamos mucho acerca de Él, pero secretamente pensamos en Él como ausente, y pensamos en nosotros mismos como morando en un intervalo parentético entre el Dios que era y el Dios que será. Y nos sentimos solitarios con una antigua y cósmica soledad. Cada uno de nosotros es como un niño pequeño perdido en un mercado lleno de gente, y que se ha apartado sólo unos pocos metros de su madre, pero que está inconsolable porque no puede verla. Así nosotros tratamos todos los métodos inventados por la religión para aliviar nuestros temores y sanar nuestra tristeza interior; pero a pesar de todos nuestros esfuerzos seguimos permaneciendo infelices, con la asentada desesperación de unos hombres dejados solos en un vasto y desolado universo.

Pero a pesar de todos nuestros temores no estamos solos. Nuestro problema es que *nos Imaginamos* solos. Corrijamos este error pensando en nosotros como de pie junto a la ribera de un río caudaloso; luego pensemos en este río como nada menos que Dios. Miramos a nuestra izquierda, y vemos el río viniendo pleno desde nuestro pasado: miramos a la derecha, y lo vemos fluir a nuestro futuro. Pero *vemos también que está fluyendo a través de nuestro presente*. Y en nuestro hoy Él es el mismo que era en nuestro ayer, no menos que, no diferente de, sino el mismo río, un continuo sin interrupción, sin disminución, activo y poderoso al ir moviéndose soberanamente adentro de nuestro mañana.

Allí donde la fe ha sido original, allí donde ha resultado real, ha tenido invariablemente sobre sí un sentido del Dios *presente*. Las Sagradas Escrituras poseen en un elevado grado este sentimiento de un encuentro real con una Persona real. Los hombres y las mujeres de la Biblia hablaron con Dios. Hablaron con Él y le oyeron hablar en palabras que podían comprender. Sostuvieron con Él una conversación de persona a persona, y HAY EN LAS palabras de ellos una sensación de una realidad resplandeciente.

Los mismos profetas del mundo, los Incrédulos psicólogos (aquellos ciegos buscadores que buscan una luz que no es la luz de Dios), se han visto obligados a reconocer en el fondo de la experiencia religiosa esta sensación de *algo ahí*. Pero mucho mejor es la sensación de *Alguien ahí*. Esto fue lo que llenó de maravilla permanente a los primeros miembros de la Iglesia de Cristo. El solemne deleite que estos primeros discípulos conocieron brotaba directamente de la convicción de que había Uno en medio de ellos. Sabían que la Majestad en los cielos estaba confrontándolos en la tierra: estaban en la misma Presencia de Dios. Y el poder de esta convicción para llamar la atención y para mantenerla durante toda una vida, para elevar, transformar y llenar con una incontrollable felicidad moral, de enviar a los hombres cantando a la cárcel y a la muerte, ha sido una de las maravillas de la historia y una maravilla del mundo.

Nuestros padres nos lo han contado, y nuestros mismos corazones confirman lo maravillosa que es esta sensación de Alguien ahí. Hace a la religión invulnerable al ataque de la crítica. Asegura a la mente en contra del colapso frente al martilleo del enemigo. Los que adoran al Dios que está presente pueden ignorar las objeciones de los hombres incrédulos. Su experiencia es autoverificadora y no precisa ni de defensa ni de demostración. Lo que ellos ven y oyen vence abrumadoramente sus dudas y confirma la seguridad de ellos más allá del poder de los argumentos para destruir.

Algunos que desean ser maestros de la Palabra, pero que no saben lo que dicen ni lo que afirman, insisten en la fe 'desnuda' como la única manera de conocer las cosas espirituales. Con ello se refieren a una convicción de la Habilidad de la Palabra de Dios (convicción que, se debe observar, los demonios comparten con ellos). Pero el hombre que ha sido enseñado, por poco que sea, por el Espíritu de Verdad, se rebelará ante esta perversión. Su lenguaje será: «Lo he oído y observado. ¿Qué más tengo que ver con los ídolos?» Porque no puede amar a un Dios que no es más que una mera deducción de un texto. Anhela conocer a Dios con una percepción vital que va más allá de las palabras, y vivir en la intimidad de la comunión personal. «Buscar nuestra divinidad meramente en libros y en escritos es *buscar entre los muertos al que vive*; y es en vano que en muchas ocasiones buscamos a Dios en ellos, donde su verdad está muchas veces no tanto encerrada como enterrada. Se le discierne mucho mejor por un toque intelectual

proveniente de Él. Debemos ver con nuestros ojos, y oír con nuestros oídos, y nuestras manos tienen que tocar el verbo de vida.» Nada puede suplantar el puesto del *toque* de Dios en el alma y la sensación de Alguien ahí. La verdadera fe, en verdad, aporta esta consciencia, porque la verdadera fe no es nunca la operación de la razón sobre los textos. Donde hay verdadera fe, el conocimiento de Dios será dado como un hecho de la consciencia totalmente aparte de las conclusiones de la lógica.

Si un hombre fuera a despertar en la negra oscuridad de la medianoche y oír a alguien moviéndose por su dormitorio, sabiendo que la presencia no vista era de un miembro amado de su familia que tenía todo el derecho de estar allí, su corazón se podría llenar con una sensación de quieto placer: pero si tuviera razones para creer que se trataba de la irrupción de un extraño, quizá para robar o matar, yacería aterrorizado mirando a la negrura, sin saber de qué dirección podría vénula esperada agresión. Pero *la diferencia entre experiencia y no experiencia sería aquella aguda sensación de la presencia de alguien ahí* ¿No es cierto que para la mayor parte de nosotros que nos llamamos cristianos no hay una verdadera experiencia? Hemos puesto ideas teológicas en lugar de un encuentro en el que nos hemos visto prendidos; estamos llenos de conceptos religiosos, pero nuestra gran debilidad es que para nuestros corazones no hay nadie ahí.

Sea lo que sea que abarque además, la verdadera experiencia cristiana tiene siempre que incluir un encuentro genuino con Dios. Sin esto, la religión es sólo una sombra, un reflejo de la realidad, una copia barata de un original que una vez disfrutó alguien de quien hemos oído. No puede sino ser una gran tragedia en la vida de cualquiera vivir en una iglesia desde la infancia hasta la ancianidad y no conocer nada más real que algún dios sintético compuesto de teología y de lógica, pero sin ojos para ver, ni oídos para oír, ni corazón para amar.

Los gigantes espirituales del pasado eran hombres que en cierta ocasión se hicieron conscientes de la verdadera Presencia de Dios y mantuvieron aquella consciencia durante el resto de sus vidas. El primer encuentro puede haber sido de terror, como cuando «el temor de una gran oscuridad cayó» sobre Abraham, o como cuando Moisés ocultó su rostro ante la zarza porque tenía miedo de ver a Dios. Por lo general, este temor pronto perdió su contenido de terror y fue mudado al cabo de un

tiempo en maravilla deleitosa, para nivelarse finalmente en una reverente consciencia de la presencia verdaderamente cercana de Dios. El punto esencial es que *ellos experimentaron a Dios*. ¿Y de qué otra manera se pueden explicar los santos y los profetas? ¿De qué otra manera podemos dar cuenta del asombroso poder para bien que han ejercitado a lo largo de incontables generaciones? ¿Acaso no es porque anduvieron en consciente comunión con la verdadera Presencia y que dirigieron sus oraciones a Dios con la sencilla convicción de que estaban dirigiéndose a Alguien que verdaderamente estaba ahí?

Es indudable que hemos sufrido la pérdida de muchos tesoros espirituales porque hemos dejado que se nos escurriera la sencilla verdad de que el milagro de la perpetuación de la vida está en Dios. Dios no creó la vida echándola fuera de Él como algún petulante artista lo pueda hacer con su obra. Toda vida está en Él. y brota de Él, saliendo de Él, y volviendo de nuevo a Él, un mar indivisible y móvil del que Él es la Fuente. Esta vida eterna que estaba con el Padre es ahora la posesión de los creyentes, y esta vida no sólo es don de Dios sino que es su mismo Yo.

La redención no es una obra extraña a la que Dios se volviera para ejecutarla en un momento dado; se trata más bien de su misma obra llevada a cabo en un nuevo campo: el campo de la catástrofe humana. La regeneración de un alma creyente es sólo una recapitulación de toda su obra llevada a cabo desde el momento de la creación. Es difícil perder de vista el paralelismo entre la generación que se describe en el Antiguo Testamento y la regeneración que se describe en el Nuevo. ¿Cómo, por ejemplo, podría describirse mejor la condición de un alma perdida que con las palabras de «desordenada y vacía», y con tinieblas «sobre la superficie del abismo»? ¿Y cómo podrían expresarse los intensos anhelos del corazón del alma por esta alma perdida mejor que diciendo «y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas»? ¿Y de qué otra fuente podría proceder la luz sobre aquella alma amortajada por el pecado si Dios no hubiera dicho «Sea la luz»? A su palabra la luz alumbra, y el hombre perdido se levanta para beber de la vida eterna y a seguir la Luz del mundo. Así como el orden y la feracidad vinieron a continuación de esto en la antigua creación, así el orden moral y el fruto espiritual seguirán a continuación en la experiencia humana. Y sabemos que Dios es el mismo y que sus años no acabarán. Él siempre actuará como Él mismo allí donde

sea encontrado obrando y sea cual sea la obra que esté haciendo.

Necesitamos buscar liberación de nuestro vano y debilitador deseo de volver y recuperar el pasado. Debiéramos buscar ser purificados del concepto infantil de que haber vivido en los tiempos de Abram, o en los de Pablo, habría sido mejor que vivir ahora. Para con Dios, el día de Abram y éste en que nos encontramos son el mismo. Mediante un solo impulso de vida Él creó todos los días y todos los tiempos, de manera que la vida del primer día y la vida del día en el más remoto futuro están unidas en él. Bien podemos cantar otra vez (y creer) la verdad que nuestros padres cantaron:

*La eternidad con todos sus años Presente en tu vista se levanta;
A Ti nada te parece viejo, Gran Dios, ni nada te es nuevo.*

Al salvar a los hombres Dios está simplemente volviendo a hacer (o más bien continuando) la misma obra creadora que al comienzo del mundo. Para Él, cada alma redimida es un mundo en el que vuelve a llevar a cabo su placentera obra de antaño.

Nosotros, los que experimentamos a Dios hoy día, podemos gozarnos de que tenemos en Él todo lo que pudieran tener Abraham, David o Pablo; y, desde luego, los mismos ángeles ante el trono no pueden tener más que nosotros, porque no pueden tener nada más que Dios, y no pueden desear nada aparte de Él. Y todo lo que Él es y todo lo que Él ha hecho es para nosotros y para todos los que compartimos la común salvación. Con una total consciencia de nuestra propia ausencia de mérito, podemos sin embargo tomar nuestro puesto en el amor de Dios, y los más pobres y débiles de entre nosotros pueden, con toda libertad, reivindicar para sí todas las riquezas de la Deidad que en gracia nos son dadas. Sí, tengo todo derecho a reivindicar todo para mí, sabiendo que un Dios infinito puede dar todo de sí mismo a cada uno de sus hijos. Él no se distribuye a sí mismo de modo que cada uno pueda tener una parte, sino que a cada uno Él se da del todo a sí mismo tan plenamente como si no hubiera otros.

¡Qué diferencia hay cuando dejamos de ser generales (una forma, en realidad, de falsa humildad y de incredulidad) y nos volvemos directos y personales al allegarnos a Dios! Entonces no temeremos el pronombre personal, sino que con todos los

amigos de Dios nos dirigiremos a Aquel que lo dio, y reivindicaremos cada uno por sí la Persona y la obra del Dios Trino. Entonces veremos que todo lo que Dios ha hecho lo ha hecho por cada uno de nosotros. Luego podremos cantar: Por mí te cubriste Tú de luz como con una vestidura y extendiste los cielos como cortina y pusiste los fundamentos de la tierra. Por mí Tú designaste las estaciones y el sol conoce su ocaso. Por mí hiciste tú cada bestia de la tierra según su naturaleza y cada planta llevando semilla y cada árbol en el que hay el fruto de un árbol. Para mí escribió el profeta y cantó el salmista. Para mí hablaron hombres santos según eran movidos por el Espíritu Santo. Por mí murió Cristo, y los beneficios redentores de aquella muerte son, por el milagro de su vida presente, perpetuados para siempre, tan eficaces hoy como aquel día en que Él inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Y cuando Él se levantó al tercer día, fue por mí; y cuando derramó sobre los discípulos al prometido Espíritu Santo, fue para poder Él continuar en mí la obra que había estado haciendo por *mí* desde el amanecer de la creación.

2

En palabra o en poder

Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros solamente en palabras, sino también en poder, en el Espíritu Santo.

1 Tesalonicenses 1:5

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es.

2 Corintios 5:17

Tienes nombre de que vives, y estáis muerto.

Apocalipsis 3:1

PARA EL QUE ES MERAMENTE un estudiante, estos versículos pueden ser interesantes, pero para una persona seria que anhela alcanzar la vida eterna bien pueden resultar más que un poco perturbadores. Porque evidentemente enseñan que el mensaje del evangelio puede ser recibido en una de dos maneras: solo en palabra, sin poder; o en palabra con poder. Pero se trata del mismo mensaje tanto si viene en palabra como si viene en poder. Y estos versículos enseñan además que cuando el mensaje es recibido en poder, causa un cambio tan radical que recibe el nombre de nueva creación. Pero el mensaje puede ser recibido sin poder, y evidentemente algunos lo han recibido así, porque tienen nombre de que viven, y están muertos. Todo esto está presente en estos textos.

Observando la manera de actuar de los hombres cuando juegan, he podido llegar a comprender mejor la manera de actuar de los hombres cuando oran. Desde luego, la mayor parte de los hombres Juegan a religión como Juegan en sus juegos, siendo la religión misma, de entre todos los Juegos, el de más universal aceptación. Los varios deportes tienen sus reglas, sus pelotas y sus Jugadores. El Juego excita el interés, da placer y consume tiempo, y cuando ha terminado, los equipos competidores ríen y abandonan el campo. Es cosa común ver a un Jugador abandonar un equipo para unirse a otro, y jugar al cabo de pocos días contra sus antiguos compañeros con tanto ímpetu

como antes lo hacía *con* ellos. Todo es arbitrario. Consiste en resolver problemas artificiales y atacar dificultades que han sido creadas deliberadamente por amor al juego. No tiene raíces morales, ni se supone que las tenga. Nadie mejora por todo este autoimpuesto afán. Se trata sólo de una placentera actividad que nada cambia y que a fin de cuentas nada arregla.

Si las condiciones que describimos se limitaran al campo de juego, podríamos pasarlo por alto sin pensarlo dos veces, pero ¿qué vamos a decir cuando este mismo espíritu entra en el santuario y decide la actitud de los hombres para con Dios y la religión? Porque la Iglesia tiene asimismo sus campos de Juego y sus normas, y su equipo para Jugar al juego de las palabras piadosas. Tiene sus devotos, tanto laicos como profesionales, que sustentan el Juego con su dinero y que lo alientan con su presencia, pero que no son diferentes en vida y carácter con respecto a muchos que no se toman interés alguno en religión.

Así como un atleta emplea la pelota, de la misma manera otros emplean las palabras: palabras habladas y palabras cantadas, palabras escritas y palabras pronunciadas en oración. Las echamos rápidamente a través del campo; aprendemos a manejarlas con destreza y gracia: edificamos reputaciones sobre nuestra habilidad con ellas, y logramos como nuestra recompensa el aplauso de los que han disfrutado con el juego. Pero la vaciedad de todo ello es evidente en el hecho de que después del placentero juego religioso *nadie es básicamente diferente en absoluto de lo que había sido antes*. Las bases de la vida permanecen sin mutación, rigen los mismos antiguos principios, las mismas antiguas normas de Adán.

No digo que la religión sin poder no cause cambio alguno en la vida de las personas; sólo que no hace ninguna diferencia fundamental. El agua puede cambiar de líquido a vapor, de vapor a nieve, y volver a ser líquida, y seguir siendo fundamentalmente lo mismo. Así, la religión impotente puede llevar al hombre a través de muchos cambios superficiales, y dejarlo exactamente como era antes. Ahí es precisamente donde está el lazo. *Los cambios son sólo de forma, y no de naturaleza*. Detrás de las actividades del hombre irreligioso y del hombre que ha recibido el evangelio sin el poder subyacen los mismos motivos. Un ego no bendecido se encuentra en el fondo de ambas vidas, consistiendo la diferencia en que el religioso ha aprendido mejor a disfrazar su vicio. Sus pecados son refinados

y menos ofensivos que antes que adoptara la religión, pero el hombre mismo no es mejor a ojos de Dios. Puede en realidad ser peor, porque Dios siempre aborrece la artificialidad y la falsa pretensión. El egoísmo sigue palpitando como el motor en el centro de la vida de aquel hombre. Ciertamente, puede aprender a redirigir sus impulsos egoístas, pero su mal es que el yo sigue viviendo sin reprensión e incluso insospechado en las profundidades de su corazón. Es víctima de una religión sin poder.

La persona que ha recibido la Palabra sin el poder ha dado una forma hermosa a su seto, pero sigue siendo un seto espinoso, y nunca puede dar el fruto de la nueva vida. No se recogen uvas de los espinos ni higos de los abrojos. Pero pueden encontrarse hombres de este tipo como líderes en la Iglesia, y su influencia y su voto pueden ir muy lejos en determinar qué es lo que la religión será en su generación.

La verdad recibida con poder cambia las bases de la vida de Adán a Cristo, y un nuevo conjunto de motivos pasa a operar dentro del alma. Un nuevo y diferente Espíritu entra en la personalidad y renueva al creyente en todos los departamentos de su ser. Su interés pasa desde las cosas externas a las internas, desde las cosas en la tierra hasta las cosas en el cielo. Pierde la fe en la solidez de los valores externos, captando claramente lo engañoso de las apariencias externas, y su amor y confianza en el mundo invisible y eterno se hacen más fuertes al ampliarse su experiencia.

La mayor parte de cristianos estarán de acuerdo con las Ideas aquí expresadas, pero el abismo entre la teoría y la práctica es tan hondo que aterroriza. Porque con demasiada frecuencia se predica y acepta el evangelio sin poder, y el giro radical que exige la verdad nunca se lleva a cabo. Puede haber, ciertamente, cambio de alguna clase; se puede llevar a cabo un trato intelectual y emocional con la verdad, pero sea lo que sea que sucede, no es suficiente, no es suficientemente profundo, no es bastante radical. La «criatura» es cambiada, pero no es «nueva». Y precisamente ahí está la tragedia de todo ello. El evangelio trata acerca de una nueva vida, de una vida de lo alto, hacia un nuevo nivel del ser, y no es hasta que se ha llegado a este renacimiento que se ha operado una obra de salvación dentro del alma.

Siempre que la Palabra viene sin poder, se pierde de vista su contenido esencial. Porque en la verdad divina hay una nota imperiosa, hay en el evangelio una urgencia, una finalidad que no será oída o sentida excepto mediante la capacitación del Espíritu. Tenemos que mantener constantemente en mente que el evangelio no es meramente una buena nueva, sino también un juicio sobre cada uno de los que lo oyen. El mensaje de la cruz es verdaderamente una buena nueva para el arrepentido, pero para los que «no obedecen el evangelio» conlleva una advertencia. El ministerio del Espíritu al mundo impenitente es hablar de pecado, de Justicia y de Juicio. Para los pecadores que quieren dejar de ser pecadores voluntariosos y llegar a ser hijos obedientes de Dios, el mensaje del evangelio es de paz sin condiciones, pero por su misma naturaleza es también el árbitro de los destinos futuros de los hombres.

Este aspecto secundario es en la actualidad pasado casi totalmente por alto. Se mantiene el elemento de *don* en el evangelio como su contenido elemento, y se deja así de lado su elemento de *criba*. Todo lo que se demanda para hacer cristianos es un asentimiento teológico. A este asentimiento se le llama fe. y se cree que es la única diferencia entre los salvos y los perdidos. Así. la fe es concebida como una especie de magia religiosa, que da gran deleite al Señor, y que posee un misterioso poder sobre el reino de los cielos.

Quiero ser leal para con todos, y encontrar todo el bien que pueda en las creencias religiosas de cada uno, pero los efectos dañinos de este credo de fe/magia son mayores de lo que podría Imaginarse alguien que no se haya enfrentado con ellos. Se les está diciendo hoy en día a grandes asambleas que el único requerimiento esencial para el cielo es ser malo, y que un impedimento cierto para el favor de Dios es ser bueno. Se hace referencia a la misma palabra *Justicia* con un frío escarnio, y al hombre moral se le mira con conmisericordia. «Un cristiano», dicen estos maestros, «no es moralmente mejor que un pecador, siendo la única diferencia que ha aceptado a Jesús, y que por lo tanto tiene un Salvador.» Espero que no suene a cínico preguntar: “¿Un *salvador de qué?*” Si no lo es del pecado y de la mala conducta y de la vieja vida caída, entonces, ¿de qué? Y si la respuesta es: De las consecuencias de los pecados pasados y del juicio venidero, seguimos sin quedar satisfechos. ¿Es la absolución de los delitos pasados todo lo que distingue a un cristiano de un pecador? ¿Puede alguien llegar a ser un

creyente en Cristo y no ser mejor de lo que era antes? ¿No ofrece el evangelio nada más que un hábil Abogado para lograr que unos pecadores culpables salgan sueltos en el día del Juicio?

Creo que la verdad en todo este asunto no es ni demasiado profunda ni demasiado difícil de descubrir. La Justicia propia es una barrera efectiva al favor de Dios porque lleva al pecador a apoyarse en sus propios méritos y lo excluye de la Imputación de la justicia de Cristo. Y es necesario ser un pecador confeso y conscientemente perdido para el acto de la recepción de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Esto lo admitimos gozosamente y lo proclamamos constantemente, pero he aquí la verdad que ha sido pasada por alto en nuestros días: *Un pecador no puede entrar en el reino de Dios.* Los pasajes bíblicos que declaran esto son demasiados y demasiado conocidos para que se necesite repetirlos aquí, pero el escéptico podría consultar Gálatas 5:19-21 y Apocalipsis 21:8. ¿Cómo, entonces, puede salvarse nadie? El pecador arrepentido se encuentra con Cristo, y después de este encuentro salvador ya no es más pecador. El poder del evangelio lo cambia, muta la base de su vida desde el yo a Cristo, lo dirige en una nueva dirección y hace de él una nueva creación. El estado moral del arrepentido que acude a Cristo no afecta el resultado, porque la obra de Cristo barre tanto su bien como su mal y lo transforma en otro hombre. El pecador que se vuelve no es salvado por una transacción judicial aparte de un cambio moral correspondiente. La salvación debe incluir un cambio de posición judicial, pero lo que es pasado por alto por la mayor parte de los maestros es que también *incluye un cambio real en la vida de la persona.* Y por esto significamos más que un cambio superficial: nos referimos a una transformación tan profunda como las raíces de su vida humana. Si no llega a esta profundidad, no es suficientemente profunda.

SI no hubiéramos sufrido primero un serio declive en nuestras expectativas, no habríamos llegado a aceptar esta mansa postura técnica acerca de la fe. Las iglesias (incluso las evangélicas) son de espíritu mundano, están moralmente anémicas, a la defensiva, imitando en lugar de iniciando y en general en un estado miserable, debido a que durante dos generaciones se les ha estado diciendo que la Justificación no es más que un veredicto de «no culpable» pronunciado por el Padre Celestial sobre aquel pecador que pueda presentar la

mágica moneda de la fe con el maravilloso «ábrete sésamo» acuñado sobre ella. Si no se dice de una manera tan clara, por lo menos se presenta el mensaje de modo que crea esta Impresión. Y todo esto es resultado de oír la predicación de la Palabra sin poder, y de recibirla de la misma manera.

Ahora bien, la fe es, desde luego, el ábrete sésamo a la bienaventuranza eterna. Sin fe es Imposible agradar a Dios, y tampoco puede nadie ser salvo aparte de la fe en el Salvador resucitado. Pero la verdadera cualidad de la fe es casi universalmente pasada por alto, esto es: su cualidad moral. Es más que una mera confianza en la veracidad de una declaración hecha en las Sagradas Escrituras. Es una cosa sumamente moral y de esencia espiritual. Sin excepción alguna efectúa una transformación radical en la vida del que la ejercita. Pasa la mirada interior desde el yo a Dios. Introduce a su poseedor en la vida del cielo sobre la tierra.

No es mi deseo minimizar el efecto justificador de la fe. Nadie que conozca la profundidad de su propia maldad osará presentarse delante de la inefable Presencia sin nada que le recomiende aparte de su propio carácter, ni tampoco ningún cristiano, habiendo adquirido sabiduría después de la disciplina de sus fracasos e imperfecciones, querría que su aceptación delante de Dios dependiera en ningún grado de la santidad a la que pudiera haber llegado mediante las operaciones de la gracia interior. Todos los que conocen sus corazones y las provisiones del evangelio se unirán en la oración del hombre de Dios:

*Cuando venga con son de trompeta.
Oh, que entonces sea en Él hallado;
Vestido solo de su Justicia.
Sin falta para poder ante el trono estar.*

Es angustioso que una verdad tan hermosa haya sido pervertida hasta tal punto. Pero la perversión es el precio que pagamos por el descuido en enfatizar el contenido moral de la verdad: es la maldición que sigue a la ortodoxia racional, cuando ha apagado o rechazado al Espíritu de Verdad.

Al mantener que la fe en el evangelio efectúa un cambio del motivo de vivir del yo a Dios estoy sólo afirmando la sobria realidad. Toda persona con inteligencia moral debe ser consciente de la maldición que le aflige interiormente; tiene que

ser consciente de aquello que llamamos *ego*. y que en la Biblia aparece como *carne* o el *yo*, pero que es, sea cual sea el nombre que le demos, un amo cruel y un enemigo mortífero. Faraón nunca rigió tan tiránicamente sobre Israel como este enemigo oculto ejerce su tiranía sobre los hijos y las hijas de los hombres. Las palabras de Dios a Moisés acerca de Israel en su servidumbre bien podrían servir para describirnos a todos: «Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído el clamor que le arrancan sus opresores: pues he conocido sus angustias.» Y cuando, como lo afirma tan tiernamente el Credo Niceno, nuestro Señor Jesús «por nosotros los hombres, y para nuestra salvación vino desde el cielo, y fue encarnado por el Espíritu Santo en la Virgen María, y fue crucificado también por nosotros bajo Poncio Pilato, y sufrió y fue sepultado, y al tercer día resucitó otra vez conforme a las Escrituras, y ascendió al cielo, y se sienta a la diestra del Padre», ¿por qué fue? ¿Para pronunciarnos técnicamente libres y dejamos en nuestra esclavitud? Jamás. ¿No le dijo Dios a Moisés: «He descendido para librarlos de la mano de los egipcios, y sacarlos a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... e irás tú... al rey de Egipto, y le diréis: ...Deja ir a mi pueblo»? Para los cautivos humanos del pecado Dios no ha dispuesto nada menos que la plena liberación. El mensaje cristiano rectamente entendido significa esto: El Dios que por la *palabra* del evangelio *proclama* libres a los hombres, los *hace realmente libres* mediante el *poder* del evangelio. Aceptar menos que esto es conocer el evangelio sólo en palabra, sin su poder.

Aquellos a los que la Palabra viene en poder conocen esta liberación, esta migración interior del alma de la esclavitud a la libertad, esta liberación de la esclavitud moral. Conocen por experiencia un giro radical en su posición, un verdadero paso al otro lado, y son conscientes sobre otro suelo, bajo otro cielo, y respiran otro aire. Los motivos de sus vidas han cambiado, y sus impulsos interiores han sido renovados.

¿Qué son aquellos antiguos impulsos que antes habían obligado a la obediencia a golpe de látigo? ¿Qué más son sino mezquinos capataces, siervos de aquel gran capataz, el Yo. que están delante de él para hacer su voluntad? Nombrarlos a todos exigiría un libro por sí mismo, pero observaremos a uno como tipo o muestra del resto. Es el deseo de ser aceptados socialmente. No es malo en sí mismo, y podría ser perfectamente inocente si viviéramos en un mundo sin pecado;

pero por cuanto la raza de los hombres ha caído de Dios y se ha unido a sus enemigos, ser amigo del mundo es ser colaborador de los malos y enemigo de Dios. Pero el deseo de agradar a los hombres se encuentra en el trasfondo de todos los actos sociales desde las más elevadas civilizaciones hasta los niveles más bajos en los que se encuentra vida humana. Nadie puede escapar a ello. El proscrito que rechaza las normas de la sociedad y el filósofo que se levanta en pensamiento sobre sus maneras comunes pueden *parecer* haber escapado al lazo, pero en realidad sólo han reducido el círculo de aquellos a los que quieren complacer. El proscrito tiene a sus compañeros, ante los que trata de brillar: el filósofo tiene su pequeño círculo de pensadores cuya aprobación le es necesaria para su felicidad. Para ambos, el motivo permanece íntegro en su raíz. Cada uno obtiene su paz del pensamiento de que goza de la estima de sus iguales, aunque cada uno interprete la cuestión desde su propio punto de vista.

Cada uno mira a su compañero porque no tiene a nadie más a quien mirar. David podía decir: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Estando contigo, nada me deleita ya en la tierra»: pero los hijos de este mundo no tienen a Dios, sino sólo a sus semejantes, y caminan sosteniéndose unos a otros, y se miran unos a otros para sentirse seguros, como niños asustados. Pero su esperanza les defraudará, porque son como un grupo de hombres ninguno de los cuales sabe pilotar un avión, y que de repente se encuentran volando sin piloto, y comienzan a mirarse el uno al otro para que el otro los lleve a un aterrizaje seguro. Su esperanza desesperada, pero equivocada, no podrá salvarlos del desastre que tiene que seguir necesariamente.

Teniendo como tenemos este deseo de agradar a los hombres tan profundamente arraigado, ¿cómo podemos desarraigarlo y cambiar nuestro impulso vital de agradar a los hombres a agradar a Dios? Bien, nadie puede hacerlo a solas, ni con la ayuda de otros, ni con educación ni instrucción, ni mediante ningún otro método conocido bajo el sol. De lo que se precisa es de una inversión de la naturaleza (el hecho de que sea una naturaleza caída no la hace menos poderosa), y esta inversión tiene que ser un acto sobrenatural. Este acto lo ejecuta el Espíritu por medio del poder del evangelio cuando se recibe con fe viva. Luego Él desplaza lo viejo con lo nuevo. Luego invade la vida como la luz del sol invade un paisaje y echa fuera los viejos motivos como la luz echa fuera las tinieblas del cielo.

La manera en que funciona en la experiencia es algo así: El hombre creyente queda abrumado repentinamente por el sentimiento de que *sólo Dios Importa*: pronto esto penetra en su vida mental y condiciona todos sus juicios y valores. Ahora se encuentra libre de la esclavitud a las opiniones humanas. Se ase de él un poderoso deseo de agradar sólo a Dios. Pronto aprende a amar por encima de todo la certidumbre de que es agradable al Padre en el cielo.

Es este total giro en su fuente de placer que ha hecho invencibles a los creyentes. Así es como los santos y los mártires se podían mantener, abandonados por todos los amigos terrenales, y morir por Cristo y bajo el rechazo universal de la humanidad. Cuando, a fin de intimidarle, los Jueces de Atanasio le advirtieron que todo el mundo estaba en contra de él, él se atrevió a replicar: « ¡Entonces está Atanasio contra el mundo!» Este clamor ha recorrido los siglos, y hoy día puede recordarnos que el evangelio tiene el poder de liberal a los hombres de la tiranía de la aprobación social 3 de liberarlos para hacer la voluntad de Dios.

He señalado a este enemigo para su consideración pero se trata sólo de uno, y hay muchos otros. Parecer levantarse solos, y tener existencia aisladamente, pero esto es sólo aparente. En realidad se trata sólo de rama de la misma planta ponzoñosa, que crece de la misma raíz de maldad, y mueren juntas cuando muere la raíz Esta raíz es el *ego*, y la cruz es su único destructor eficaz.

Así, el mensaje del Evangelio es el mensaje de uní nueva creación en medio de otra vieja, el mensaje di la invasión de nuestra naturaleza humana por la vida eterna de Dios y el desplazamiento de lo viejo por lo nuevo. La nueva vida se ase de la naturaleza del creyente y se lanza a su propia y benigna conquista, una conquista que no queda completa hasta que la vida invasora ha tomado posesión plena y ha emergido una nueva creación. Y esto es un acto de Dios sin ayuda humana, porque es un milagro moral y una resurrección espiritual.

3

El misterio del llamamiento

Llamado a ser apóstol... llamados a ser santos.
1 Corintios 1:1-2

ESTA PEQUEÑA PALABRA, *llamado, llamados*, tal como la emplea aquí el apóstol, es como una puerta que se abre a otro mundo, y cuando entremos nos encontraremos verdaderamente en otro mundo. Porque el nuevo mundo al que pasamos es el mundo de la voluntad soberana de Dios, donde no puede entrar la voluntad del hombre, o si entra, lo hace como dependiente y sierva, nunca como señora.

Pablo explica aquí su apostolado: es por un llamamiento eficaz, no por su propio deseo, voluntad o decisión y este llamamiento es una cosa divina, libre, sin influencias y totalmente fuera de las manos del hombre. La *respuesta* procede del hombre, pero jamás el llamamiento. Éste viene de Dios solo.

Hay dos mundos opuestos entre sí, dominados por dos voluntades: la voluntad del hombre y la de Dios respectivamente. El viejo mundo de la naturaleza caída es el mundo de la voluntad humana. Allí el hombre es rey, y su voluntad decide los acontecimientos. Hasta allí donde puede hacerlo en su debilidad, decide quién, qué, cuándo y dónde. Fija los valores: lo que debe ser estimado, lo que debe ser despreciado, lo que debe ser recibido y lo que debe ser rechazado. Su voluntad pasa por todo. «He determinado que», «Decidí». «Decreto que», «Cúmplase». Estas palabras se oyen de continuo, brotando de los labios de hombres pequeños. ¡Y cuánto se regocijan en su imaginado «derecho de autodeterminación», y con qué risible vanidad se jactan del «votante soberano»! No saben, o rehúsan considerar, que sólo son de un día, que pronto se desvanecerán y no serán más.

El tiempo, como constante corriente de aguas. A todos tus hijos arrastra; Vuelan olvidados cual un sueño Muere al despuntar el día.

Las agitadas tribus de carne y sangre. Con todas sus ansias y temores. Llevadas abajo son por la corriente Y se pierden al transcurrir los años.

Y, con todo, en su soberbia los hombres afirman su voluntad y pretenden ser amos de la tierra. Bien, por un poco de tiempo es cierto, éste es el mundo de los hombres. Dios es admitido sólo como tolerado por el hombre. Es tratado como un rey de visita en un país democrático. Todo el mundo pone su nombre en sus labios y (especialmente en ciertas ocasiones) es festejado, agasajado y loado. Pero detrás de toda esta adulación los hombres se mantienen firmes en su derecho a la autodeterminación. En tanto que se le permita al hombre ser anfitrión, honrará a Dios con su atención, pero debe mantenerse siempre como huésped y nunca tratar de ser Señor. El hombre quiere que esto quede bien entendido: que éste es su propio mundo; establecerá sus propias leyes y decidirá cómo debe ser gobernado. A Dios no se le permite decidir nada. El hombre se inclina a Él, y al inclinarse, difícilmente logra ocultar la corona que tiene en su propia cabeza.

Pero cuando entramos en el Reino de Dios nos encontramos en otra clase de mundo. Es un mundo absolutamente distinto al mundo del que vinimos; es siempre diferente y mayormente contrario al viejo. En lo que los dos parecen asemejarse es sólo en apariencia, porque el primero es de la tierra, terreno; el segundo es del cielo. «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.» Lo primero perecerá: lo segundo permanece para siempre.

Pablo fue hecho apóstol por el llamamiento directo de Dios. «Nadie toma para si mismo esta honra.» Entre los hombres vemos que en ocasiones unos artistas célebres aparecen ante la realeza, y que su comparecencia se llama una «actuación por madato». Por muy dotados que estén, o por famosos que sean, no osarán irrumpir en presencia del rey, excepto por un llamamiento real, un llamamiento que viene a ser una orden. Este llamamiento no les deja lugar a rehusar excepto a riesgo de afrentar a la majestad. Y en el caso de Pablo no fue distinto. El llamamiento de Dios fue también su orden. Si Pablo hubiera estado en la carrera política, los votantes habrían podido determinar el resultado. SI hubiera estado tratando de hacerse un sitio en el mundo literario, su propia capacidad habría decidido su puesto. Si hubiera estado compitiendo en pugilato,

su propia fuerza y habilidad le habrían dado o hecho perder la victoria. Pero su apostolado no fue determinado de esta manera.

¡Qué deleitosos son los caminos de Dios y la manifestación de su voluntad! No es por fuerza ni por poder, ni por capacidad original ni por la instrucción, que los hombres son hechos apóstoles, sino por el llamamiento eficaz de Dios. Así es con todas las funciones dentro de la Iglesia. A los hombres se les permite reconocer este llamamiento, y reconocerlo públicamente delante de la congregación, pero nunca se les permite que ellos hagan la elección. Pero allí donde se mezclan y combinan los caminos de Dios y los de los hombres, hay confusión y fracaso de continuo. Hombres buenos, pero no llamados por Dios, pueden asumir, y lo hacen frecuentemente, la obra sagrada del ministerio. Aún peor es cuando hombres que pertenecen todavía al mundo viejo, y que no han sido renovados por el milagro de la regeneración, intentan llevar a cabo la santa obra de Dios. ¡Qué triste espectáculo, y qué trágicas que son las consecuencias! Porque los caminos del hombre y los caminos de Dios están en perpetua contradicción. ¿Es ésta una de las razones detrás de nuestro actual estado de debilidad espiritual? ¿Cómo puede la carne servir al Espíritu? ¿O cómo pueden hombres de otra tribu que la de Levi ministrar ante el altar? ¡Cuán vano intentar servir en lo nuevo según los caminos de lo viejo! De esto surge el desenfrenado crecimiento de inicuos métodos que caracteriza a la iglesia hoy día. Los atrevidos y enérgicos empujan adelante, y los débiles siguen sin pedir una sola prueba acerca del derecho de aquellos a conducir. Se ignora el llamamiento divino, y el resultado de ello es esterilidad y confusión.

Es tiempo que busquemos otra vez el Uderazgo del Espíritu Santo. El señorío del hombre nos ha costado demasiado. La intrusa voluntad del hombre ha introducido tal multiplicidad de formas de hacer y actividades no escritúrales que llegan a amenazar de manera positiva la vida de la Iglesia. Estas actividades desvían anualmente millones de dólares de la verdadera obra de Dios, y malgastan horas/hombre cristianas en tal cantidad que duele al corazón.

Hay otro y peor mal que surge de este fracaso básico en comprender la diferencia radical entre las naturalezas de los dos mundos, y es el hábito de «aceptar» lánguidamente la salvación

como si fuera una cosa de poca importancia y que estuviera plenamente en nuestro poder. Se exhorta a la gente a reflexionar y a «decidirse» por Cristo, y en algunos lugares se dedica un día al año como «Día de la Decisión», en el cual se espera que la gente condescienda a concederle a Cristo el derecho a salvarlos, derecho que evidentemente le han rehusado hasta entonces. Así se lleva a Cristo a que vuelva a presentarse ante el tribunal humano: se le hace esperar a gusto del individuo, y después de una larga y humilde espera es o bien echado a un lado o condescendientemente admitido. Por medio de una comprensión totalmente errada de la noble y verdadera doctrina de la libertad de la voluntad humana, la salvación se hace depender peligrosamente de la voluntad humana en lugar de depender de la voluntad de Dios.

Por profundo que sea el misterio, y por muchas paradojas que involucre, sigue siendo cierto que los hombres se vuelven santos no según su propia voluntad, sino por llamamiento soberano. ¿No ha quitado Dios de nuestras manos la elección última con palabras como las que siguen? «El espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha de nada... Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí... Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae... Nadie puede venir a mí, si no le ha sido dado del Padre... le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado... Dios, que me había separado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar a su Hijo en mí.»

Dios nos ha hecho a su semejanza, y una marca de esta semejanza es nuestro libre albedrío. Oímos a Dios decir «El que quiera, venga.» Sabemos por amarga experiencia el mal de una voluntad no rendida y la bienaventuranza o el terror que penden de la elección humana. Pero detrás de todo esto y precediéndolo tenemos el derecho soberano de Dios de llamar a los santos y de determinar los destinos humanos. La elección maestra es de Él, y la elección secundaria es la nuestra. La salvación es desde nuestro lado una elección, y desde el lado divino es un asimiento, un prendimiento, una conquista de parte del Dios Altísimo. *Nuestra "aceptación" o "desicisión" son reacciones y no acciones.* El derecho de la determinación debe siempre permanecer en Dios.

Dios ha dado, desde luego, a cada hombre la capacidad de cerrar su corazón y de lanzarse a la deriva tenebrosamente a la

noche por ellos mismos escogida, como ha dado a cada hombre la capacidad de responder a sus llamamientos de gracia, pero en tanto que la elección del «no» puede ser nuestra, la elección del «sí» es siempre de Dios. Él es el Autor de nuestra fe, como debe ser su Consumador. Sólo por la gracia podemos continuar creyendo; podemos persistir en querer la voluntad de Dios sólo en tanto que somos asidos por un poder benigno que venza nuestra tendencia natural a la incredulidad.

Es de manera tan plena que los hombres disfrutan de dominar, que nos gusta pensar que tenemos en nuestras propias manos el poder de la vida y de la muerte. Nos encanta pensar que el infierno será más fácil de sobrellevar por el hecho de haber ido allí desafiando un poder que trataba de regirnos. Bien lo sabía el que puso en boca de Satanás este discurso de orgulloso desafío:

*¿Y qué si el campo se pierde?
No todo perdido queda: la voluntad inconquistable,
La dedicación a la venganza, eterno odio,
Y valor para jamás someterse ni ceder.
¿Y qué más habrá que vencido ser no pueda?
Que glorificación Jamás de nosotros forzará,
Ni por ira ni poder.*

Y mientras que bien pocos osan proclamar así sus secretos sentimientos, millones y millones han asimilado la idea de que tienen en sus manos las llaves del cielo y del infierno. Todo el contenido de la moderna predicación evangelística contribuye a esta actitud. Se magnifica al hombre y se minimiza a Dios. Cristo es puesto en una posición que excite a la piedad en lugar del respeto de que es digno, mientras se queda en pie, con la lámpara en su mano, fuera de una puerta recubierta de hiedra.

¡Cuánto yerran los hombres que conciben a Dios como sometido a nuestra voluntad humana o como manteniéndose respetuosamente fuera, esperando a nuestro beneplácito humano! Aunque en su amor condescendiente pueda parecer ponerse a nuestra disposición, sin embargo no abdica ni por un segundo de su trono ni cede su derecho como Señor del hombre y de la naturaleza. Él es aquella Majestad en las alturas. A Él claman todos los ángeles, los cielos y todos los poderes que en ellos hay; a Él claman los querubines y los serafines: «Santo, santo, santo, Jehová Dios de los ejércitos, el cielo y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria.» Él es el Temor de

Isaac y el Terror de Jacob, y delante de Él se han arrodillado profetas, patriarcas y santos en maravilla y adoración atónitas.

La gradual desaparición de la idea y sentimiento de majestad de la Iglesia constituye una señal y un portentoso. La revuelta de la mente moderna tiene un gran precio, y lo elevado de este precio se está haciendo tanto más evidente con el paso del tiempo. Nuestro Dios ha pasado a ser nuestro siervo para esperar a voluntad nuestra. Decimos «Jehová es mi *pastor*» en lugar de «*Jehová* es mi pastor», y la diferencia entre ambas cosas es tan enorme como el mundo.

Tenemos necesidad de que nos vuelva a ser restaurada la idea perdida de la soberanía, no sólo como una doctrina, sino como la fuente de una solemne emoción religiosa. Nos es necesario que se nos quite de nuestra mano moribunda el cetro de sombras con el que en nuestra fantasía imaginamos regir el mundo. Tenemos que sentir y conocer que somos sólo polvo y ceniza, y que Dios es quien dispone los destinos de los hombres. ¡Cuán avergonzados debiéramos estar los cristianos de que un rey pagano tenga que enseñarnos a temer la Majestad en las alturas! Porque fue el humillado Nabucodonosor quien dijo: «Yo. Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y recobré la razón; entonces bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las generaciones. Todos los habitantes de la tierra son considerados ante él como nada: y él hace lo que le place con el ejército del cielo, y con los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?»

«En el mismo momento», añadía el humillado rey, «mi razón me fue devuelta». Todo este pasaje es propenso a ser pasado por alto, siendo que aparece en uno de los libros menos populares de la Biblia, pero ¿no es sumamente significativo que la *humildad* y la *cordura* volvieran Juntas? «Ahora, pues. yo. Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos Justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia». El orgullo del rey le fue una especie de locura que al final lo empujó a los campos a morar con los animales. Mientras se veía a sí mismo grande y a Dios pequeño, estaba loco; la cordura le volvió sólo cuando comenzó a ver a Dios como todo y a sí mismo como nada.

La locura moral que Nabucodonosor sufrió ha caído ahora sobre las naciones. Hombres con reputación de sabios han estado durante mucho tiempo acompañando a Swinburne en este cántico: «Gloria al hombre en las alturas», y las masas repiten el estribillo. El resultado de ello es una extraña enajenación mental, señalada por agudas manías de grandeza y de majestuosidad. Los hombres que rehúsan adorar al verdadero Dios se adoran ahora a sí mismos con tierna devoción. El regreso a la cordura espiritual espera al arrepentimiento y a la verdadera humildad. Dios quiera que podamos volver a saber pronto cuan pequeños y pecaminosos somos.

4

Victoria a través de la derrota

Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

Génesis 32:28

Pero Jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.

Gálatas 6:14

LA EXPERIENCIA DE los hombres que anduvieron con Dios en los tiempos antiguos concuerda en enseñar que el Señor no puede bendecir plenamente a nadie hasta que primero lo haya vencido. El grado de bendición de que goza cualquier persona se corresponderá exactamente con la plenitud de la victoria de Dios sobre él. Éste es un principio muy descuidado del credo del cristiano, no entendido por muchos en esta edad de seguridad en uno mismo, y sin embargo es de vital importancia para todos nosotros. Este principio espiritual está bien ilustrado en el libro del Génesis.

Jacob era el marrullero asedor de talones cuya misma fortaleza le fue una debilidad casi fatal. Durante dos tercios de toda su vida había llevado en su naturaleza algo duro e indomado. Ni su gloriosa visión en el desierto ni su prolongada y amarga disciplina en Harán habían quebrantado su dañina naturaleza. Estuvo en el vado del Jaboc en el momento del ocaso, un astuto e inteligente viejo maestro de una psicología aplicada aprendida a golpes. Y la estampa que presentaba no era demasiado atractiva. Era un vaso estropeado durante el proceso de fabricación. Su esperanza estaba en su propia derrota. Esto no lo sabía al caer el día, pero lo aprendió antes que saliera el sol otra vez. Toda la noche se resistió a Dios hasta que, con bondad. Dios tocó el encaje del muslo y obtuvo la victoria sobre él. Fue sólo después de haber descendido a una humillante derrota que comenzó a sentir el gozo de ser liberado de su propia maligna fuerza, el deleite de la conquista que Dios había hecho de él. Entonces pidió clamorosamente la bendición, y

rehusó soltar al varón hasta que le fue dada. Había sido una larga lucha, pero para Dios (y ello por razones sólo por Él conocidas) Jacob había valido la pena. Ahora se había convertido en otro hombre; el terco y voluntarioso rebelde se había transformado en un digno y manso amigo de Dios. Había ciertamente «prevalecido», pero por medio de debilidad, no de fortaleza.

Sólo los vencidos pueden conocer la verdadera bienaventuranza. Ésta es una sana filosofía, basada en la vida, y necesaria por la constitución misma de las cosas. No tenemos necesidad de aceptar esta verdad a ciegas: las razones de ello son fácilmente discernibles, y entre ellas podemos dar las que siguen: Somos seres creados, y como tales somos derivados, y no auto-existentes. No es a nosotros que nos ha sido dado tener vida en nosotros mismos. Para la vida dependemos continuamente de Dios, el Manantial y la Fuente de la vida. Sólo dependiendo plenamente de Él se ejercen las ocultas potencialidades de nuestras vidas. Aparte de esto somos sólo medio hombres, malformados y nada hermosos miembros de una raza noble que fue una vez hecha para portar la Imagen de su Creador.

Una vez en el pasado el Señor dijo que había llegado delante de Él el fin de toda carne, y los años no han traído mitigación alguna a aquella sentencia. «Los que están en la carne no pueden agradar a Dios... El ánimo carnal es enemistad contra Dios; porque no está sujeto a la ley de Dios, ni a la verdad lo puede estar... porque el ánimo carnal es muerte» (Romanos 8. V.M.). Con palabras así Dios ha perpetuado la antigua sentencia de condenación. Sea que lo admitamos o no, el azote de la muerte está sobre nosotros, y será una sabiduría salvadora aprender a confiar no en nosotros mismos, sino en Aquel que levanta a los muertos. Porque ¿cómo osamos poner la confianza en algo tan fugaz, tan pasajero, como la vida humana?

*El sabio, afirmo yo, reposo hallar no puede
En aquello que perece; ni prestará
Su corazón a nada que del tiempo dependa.*

Estas palabras nos han venido a través de cuatro siglos, y en nuestros momentos de queda sabiduría las sentimos y conocemos ciertas. ¿Por qué, entonces, ponemos nuestra confianza en cosas que perecen y nos convertimos así en los engañados del tiempo y en los insensatos del cambio? ¿Quién

nos ha envenenado la copa y nos ha tornado en rebeldes? Aquella vieja serpiente, el diablo, fue la primera en seducirnos a aquella temeraria declaración de Independencia, declaración que. en vista de las circunstancias, es a la vez tremendamente cómica y profundamente trágica. Porque nuestro enemigo debe de reírse ante la vanidad increíble que se muestra dispuesta a oponerse a la fuerza del Omnipotente: ésta es la comedia cínica de todo ello; la tragedia se derrama con cada lágrima y se entristece junto a cada sepulcro.

Una cierta familiaridad con nuestros propios corazones nos llevará a reconocer que no hay esperanza dentro de nosotros, y la más breve ojeada a nuestro alrededor nos debería mostrar que no debemos esperar ayuda alguna del exterior. La misma naturaleza nos enseñará que (aparte de Dios) no somos más que huérfanos de la creación, vagabundos de los espacios siderales, atrapados impotentes en el torbellino de unas fuerzas demasiado grandes para ser comprendidas. Avanzando a través de este mundo ruge un poder inmenso y ciego, que en su estela deja generaciones, ciudades, civilizaciones. La tierra, nuestro breve hogar, nos ofrece al final sólo un sepulcro. Para nosotros nada hay seguro, nada bueno. En el Señor hay misericordia, pero en el mundo ninguna hay, porque la naturaleza y la vida siguen moviéndose como si desconocedoras del bien y del mal, de la tristeza o del dolor humanos.

Fue para salvar a Jacob de una esperanza engañosa que Dios se enfrentó con él aquella noche en las riberas de aquel río. Para salvarlo de su confianza en sí mismo, le fue necesario a Dios conquistarlo, luchar para arrebatarse el control de sí mismo, tomar en su mano su gran poder, y regir con un cetro de amor. Charles Wesley, el dulce cantor de Inglaterra, y con una percepción espiritual rara incluso entre cristianos avezados, puso en boca de Jacob lo que concibió como su oración al luchar con Dios en el vado del Jaboc:

*Ida mi fuerza, mi naturaleza muere;
Húndame bajo tu pesada mano;
Para revivir desmayo, para levantarme caigo:
Caigo, mas por fe me mantengo.
Me mantengo, y no te dejaré partir.
Hasta que tu Nombre, tu Naturaleza, conozca yo.
Cojo cual soy, la presa arrebató;
Infierno, tierra y pecado, con facilidad venzo:*

*De gozo salto, y prosigo mi camino,
Cual saltarina gacela que al hogar se apresura.
Para gustar por toda la eternidad,
Que tu Naturaleza y tu Nombre amor son.*

Bien podríamos orar a Dios que nos invada y nos conquiste, porque hasta que así no sea permanecemos en peligro de mil enemigos. Llevamos dentro de nosotros la simiente de nuestra propia desintegración. Nuestra imprudencia moral nos pone siempre en peligro de una autodestrucción accidental o insensata. La fortaleza de nuestra carne es un peligro siempre presente para nuestras almas. La liberación nos puede venir sólo por medio de la derrota de nuestra vida antigua. La seguridad y la paz vienen sólo tras haber sido llevados a la fuerza sobre nuestras rodillas. Dios nos rescata quebrantándonos, rompiendo nuestra fuerza y barriendo nuestra resistencia. Luego invade nuestras naturalezas con aquella antigua vida eterna que es desde el principio. Así es que nos conquista, y mediante esta conquista benigna nos salva para sí.

Con este secreto abierto que espera un fácil descubrimiento, ¿por qué casi en todas nuestras actividades trabajamos en una dirección opuesta a esto? ¿Por qué edificamos nuestras Iglesias sobre carne humana? ¿Por qué ponemos tantas esperanzas en lo que el Señor ya hace mucho repudió, y menospreciamos aquellas cosas que el Señor tiene en tanta estima? Porque enseñamos a los hombres a que no mueran en Cristo, sino que vivan en la fuerza de su moribunda hombría. Nos jactamos no en nuestras debilidades sino en nuestra fortaleza. Valores que Cristo declaró falsos son traídos de vuelta al favor evangélico y promovidos como la misma vida y sustancia del camino cristiano. ¡Cuán anhelantemente buscamos la aprobación de este o aquel hombre de reputación en el mundo! ¡Cuán vergonzosamente explotamos a la celebridad convertida! Todo sirve para quitar el vituperio de la oscuridad de nuestros líderes hambrientos de publicidad: atletas famosos, congresistas, viajeros trotamundos, ricos industriales; delante de los tales nos inclinamos con obsequiosas sonrisas y los honramos en nuestras reuniones públicas y en la prensa religiosa. Así glorificamos a hombres para mejorar la posición de la Iglesia de Dios, y se hace depender la gloria del Príncipe de la Vida de la fama fugaz de un hombre que morirá.

Es asombroso que podamos pretender ser seguidores de Cristo, y sin embargo tomarnos tan a la ligera las palabras de sus siervos. Porque, ¿cómo podríamos actuar así si nos tomáramos en serio la amonestación de Jacobo, el siervo de Dios: «Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y prestáis especial atención al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie. o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser Jueces con malos pensamientos? Hermanos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?

Pablo vio estas cosas bajo una luz 'diferente que la de aquellos de los que se queja Jacobo. «La cruz... por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo», decía él. La cruz donde Jesús murió se convirtió también en la cruz donde su apóstol murió. La pérdida, el rechazo, la vergüenza, pertenecen tanto a Cristo como a los que de veras son de Él. La cruz que los salva también les da muerte, y todo lo que no llegue a esto es una falsa fe, no en absoluto una fe genuina. Pero ¿qué vamos a decir cuando la gran mayoría de nuestros líderes evangélicos no caminan como hombres crucificados, sino como aquellos que aceptan el mundo en todo su valor, rechazando sólo sus elementos más burdos? ¿Cómo vamos a verlos delante de Aquel que fue crucificado y muerto cuando vemos a sus seguidores aceptados y alabados? Y sin embargo predicán la cruz y protestan vehementemente que son verdaderos creyentes. ¿Hay acaso dos cruces? ¿Y se refería Pablo a una cosa, y ellos a otra? Me temo que sea así, que haya dos cruces, la vieja y la nueva.

Recordando mis propias y profundas Imperfecciones, quisiera pensar y hablar con caridad acerca de todos los que profesan el digno Nombre por el que nos llamamos los cristianos. Pero si lo veo correctamente, la cruz del evangelismo popular no es la cruz del Nuevo Testamento. Se trata, más bien, de un nuevo y brillante adorno sobre el seno de la autoconfiada y carnal cristiandad cuyas manos son verdaderamente las manos de Abel, pero cuya voz es la voz de Caín. La vieja cruz mataba a los hombres; la nueva cruz los entretiene. La vieja cruz condenaba:

la nueva divierte. La vieja cruz destruía la confianza en la carne; la nueva cruz la alienta. La vieja cruz provocaba lágrimas y sangre; la nueva cruz trae risa. La carne, sonriente y confiada, predica y canta acerca de la cruz; ante ella se inclina y señala con una gesticulación bien ensayada. Pero no quiere morir sobre aquella cruz, y rehúsa tercamente llevar el vituperio de aquella cruz.

Sé muy bien cuántos suaves argumentos se pueden presentar en favor de la nueva cruz. ¿Acaso la nueva cruz no gana convertidos y hace muchos seguidores, logrando con ello la ventaja del éxito numérico? ¿No deberíamos ajustarnos a los cambiantes tiempos? ¿No hemos oído el lema «Nuevos tiempos, nuevas formas»? ¿Y quién sino alguien muy viejo y conservador insistirá en la muerte como el camino señalado para la vida? ¿Y quién está hoy interesado en una pesimista mística que sentenciaría su carne a una cruz, y recomienda la humildad que suprime a uno de la galería como virtud que deba ser realmente practicada por los modernos cristianos? Éstos son los argumentos, junto con otros aún más impertinentes, que se presentan para dar una apariencia de sabiduría a la hueca cruz de la cristiandad popular, totalmente carente de significado.

Es indudable que hay muchos cuyos ojos están abiertos a la tragedia de nuestro tiempo, pero ¿por qué están tan callados cuando su testimonio se necesita tan urgentemente? En nombre de Cristo, los hombres han hecho vana la cruz de Cristo. «Oigo el ruido de los que cantan.» Los hombres se han hecho una cruz de oro con una herramienta de labrar, y delante de ella se sientan para comer y beber, y se levantan para Jugar. En su ceguera han puesto la obra de sus propias manos en lugar de la obra del poder de Dios. Quizá nuestra mayor necesidad presente sea la venida de un profeta que lance las piedras al pie del monte y que llame a la Iglesia fuera al arrepentimiento y al juicio.

El camino está claro delante de todos los que quieran seguir a Cristo. Es el camino de muerte para vida. La vida se halla siempre más allá de la muerte e invita a aquel que está harto de sí mismo a llegar y a conocer la vida más abundante. Pero para alcanzar la nueva vida tiene que pasar a través del valle de sombra de muerte, y sé que al son de estas palabras muchos se echarán atrás y no seguirán más a Cristo. Pero, ¿a quién iremos? «Tú tienes palabras de vida eterna.»

Puede que haya algunos bien dispuestos seguidores que se echen atrás porque no pueden aceptar la morbidez que la idea de la cruz parece connotar. Aman el sol y encuentran demasiado duro pensar en vivir siempre en las sombras. No quieren morar con la muerte ni vivir para siempre en una atmósfera de muerte. Y su instinto es sano. La Iglesia ha hecho demasiado de las escenas de lecho de muerte, de claustros y de funerales. El mustio olor de las iglesias, el paso lento y solemne del ministro, la quietud apagada de los adoradores y el hecho de que muchos entran en una iglesia sólo para presentar sus últimos respetos a los muertos, todo ello añade al concepto de que la religión es algo que debe ser temido, y, como una operación de alta cirugía, soportada sólo porque estamos atrapados en una crisis y no osamos evitarla. Todo esto no es la religión de la cruz; se trata más bien de una burda parodia de ella. A la cristiandad de claustro, aunque no está ni de lejos relacionada con la doctrina de la cruz, se le puede sin embargo achacársele en parte la aparición de la nueva y alegre cruz de hoy. Los hombres anhelan la vida, pero cuando se les dice que la vida viene por medio de la cruz no pueden comprender cómo puede ser, porque han aprendido a asociar con la cruz imágenes familiares como lápidas, pasillos poco alumbrados y hiedra. Por ello rechazan el verdadero mensaje de la cruz, y con aquel mensaje rechazan la única esperanza de vida que conocen los hijos de los hombres.

La verdad es que Dios nunca ha tenido la intención de que sus hijos vivan siempre tendidos sobre una cruz. Cristo mismo soportó la cruz por sólo seis horas. Cuando la cruz hubo hecho su obra, entró la vida y ejerció su dominio. «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre.» Su gozosa resurrección siguió de cerca a su penosa crucifixión. Pero la primera tenía que venir antes de la segunda. La vida que se detiene y no llega a la cruz es algo sólo fugaz y condenado, sentenciada a que al final sea irrecuperable. Aquella vida que va a la cruz y se pierde allí para levantarse de nuevo con Cristo es un tesoro divino e inmortal. Sobre ella la muerte ya no tiene más poder. Todo el que rehúse traer su vieja vida a la cruz está sólo intentando engañar a la muerte, y no importa lo mucho que luche en contra de ella, está, con todo, sentenciado a perder su vida al final. El hombre que toma su cruz y sigue a Cristo pronto verá que su dirección lo lleva a *apartarse* del sepulcro. La muerte está detrás de él. y

delante suyo se extiende una vida gozosa y creciente. Sus días estarán marcados, en adelante, no por una lobreguez eclesiástica, ni por el claustro, o los tonos huecos, los ropajes negros (que son tan sólo las mortajas de una iglesia muerta), sino por un «gozo inefable y glorificado».

La verdadera fe tiene que significar siempre más que una aceptación pasiva. No osará significar nada menos que la rendición de nuestra vida en Adán, ya condenada, a un misericordioso fin en la cruz. Esto es, aceptamos la Justa sentencia de Dios contra nuestra malvada carne, y admitimos su derecho a ponerle fin a su odiosa carrera. Nos consideramos como habiendo sido crucificados con Cristo y como habiendo sido resucitados a una vida nueva. Allí donde existe esta fe. Dios siempre obrará en línea con nuestra aceptación. Luego comienza la conquista divina de nuestras vidas. Y Dios la lleva a cabo mediante una eficaz aprehensión, una penetrante invasión de nuestras naturalezas, pero conducida en amor. Cuando Él ha abrumado nuestra resistencia, nos ata con cuerdas de amor y nos atrae a sí. Allí, «desfallecidos ante su encanto», yacemos conquistados y le damos a Dios las gracias una y otra vez por la bendita conquista. Allí, con nuestra cordura moral recuperada, levantamos los ojos y bendecimos al Dios Altísimo. Luego salimos en fe a alcanzar aquello para lo cual fuimos primero alcanzados por Dios.

«Yo te alabo, oh Padre. Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a sabios y entendidos, y las has revelado a niños. Sí, Padre, porque así fue de tu agrado.»

5

El Olvidado

El Consolador, el Espíritu Santo. **Juan 14:26**

AL DESCUIDAR o negar la deidad de Cristo, los liberales han cometido un trágico error, porque no les deja nada más que un Cristo imperfecto cuya muerte fue un mero martirio y cuya resurrección es un mito. Los que siguen a un Salvador meramente humano no siguen a ningún Salvador, sino sólo a un ideal, y un ideal, además, que no puede hacer más que burlarse de sus debilidades y pecados. Si el hijo de María no fue el Hijo de Dios en un sentido en que no lo es ningún otro hombre, entonces no puede haber ninguna otra esperanza para la raza humana. Si Aquel que se llamó a sí mismo la Luz del mundo era sólo una lámpara vacilante, entonces la oscuridad que rodea a la tierra será permanente. Y pretendidos líderes cristianos se encogen de hombros, pero su responsabilidad para con las almas de sus greyes no puede ser echada a un lado con un encogimiento de hombros. Dios les traerá a cuenta por el daño hecho a personas llanas que confiaron en ellos como guías espirituales.

Pero por culpable que sea la acción del liberal de negar la Deidad de Cristo, los que nos preciamos de nuestra ortodoxia no debemos dejar que nuestra indignación nos ciegue a nuestras propias faltas. Desde luego, no se trata de un momento oportuno para autofelicitarnos, porque también nosotros, en años recientes, hemos cometido un costoso error en religión, y es un error que tiene un estrecho paralelo con el del liberal. Nuestro error (¿o seremos francos y lo llamaremos pecado?) ha sido descuidar la doctrina del Espíritu hasta el punto de que virtualmente le negamos su puesto en la Deidad. Esta negación no ha tenido lugar mediante una declaración doctrinal expresa, porque nos hemos aferrado de una manera suficientemente fuerte a la posición bíblica en todo lo que concierne a nuestras

declaraciones formales de credo. Nuestro credo formal es sano; *nuestro fracaso está en nuestro credo Junciana!*

No se trata de una distinción carente de importancia. Una doctrina tiene un valor práctico sólo hasta allí donde es *prominente en nuestros pensamientos y constituye una diferencia en nuestras vidas*. Por medio de esta prueba, la doctrina del Espíritu Santo que los evangélicos sostienen en la actualidad no tiene casi ningún valor práctico. En la mayor parte de las Iglesias cristianas el Espíritu es casi totalmente pasado por alto. Sea que esté presente o ausente, ello no hace ninguna diferencia real para nadie. Se hace una breve referencia a Él en la Doxología y en la Bendición. Aparte de esto, lo mismo daría que no existiera. Lo ignoramos hasta tal punto que es sólo por cortesía que podemos ser llamados trinitarios. La doctrina cristiana de la Trinidad declara abiertamente la igualdad de las tres Personas y el derecho del Espíritu Santo a ser adorado y glorificado. Todo lo que sea menos que esto es algo menos que trinitarianismo.

Nuestro descuido de la doctrina de la bendita tercera Persona ha tenido y tiene serias consecuencias. Porque la doctrina es dinamita. Tiene que tener un énfasis lo suficientemente acusado para ser detonada antes que su poder sea liberado. Si no es así, puede yacer queda en un rincón de nuestras mentes durante toda su vida sin tener efecto alguno. La doctrina del Espíritu es dinamita enterrada. Su poder espera a ser descubierto y empleado por la Iglesia. El poder del Espíritu no será dado a ningún asentimiento tibio a la verdad pneumatológica. El Espíritu Santo no se ocupa en si lo apuntamos en nuestro credo al final de nuestros himnarios; espera nuestro *énfasis*. Cuando entre en la meditación de los maestros entrará en la expectativa de los oyentes. Cuando el Espíritu Santo deje de ser incidental y vuelva a ser de nuevo fundamental, el poder del Espíritu será afirmado una vez más entre la gente llamada cristiana.

La idea del Espíritu sostenida por el miembro medio de la iglesia es tan vaga que es casi inexistente. Cuando piensa en Él en absoluto, propende a pensar en una sustancia nebulosa como un hálito invisible que se dice que está presente en las iglesias y que se encuentra sobre las personas buenas en la hora de su muerte. Francamente, no cree en nada así, pero quiere creer algo, y no sintiéndose capacitado para la tarea de examinar toda la verdad a la luz de la Escritura, contemporiza

manteniendo la creencia en el Espíritu lo más lejos posible del centro de su vida, no dejando que conduzca a ninguna diferencia en nada que le afecte en la práctica. Esto describe a un número sorprendentemente grande de personas serias que están sinceramente tratando de ser cristianas.

Ahora bien, ¿cómo deberíamos pensar acerca del Espíritu? Una respuesta plena bien podría ocupar una docena de volúmenes. Como mucho sólo podemos señalar a la «unción llena de gracia de lo alto» y esperar que el mismo deseo del lector le provea el necesario estímulo que lo apremie a conocer a la bienaventurada tercera Persona por sí mismo.

Si leo correctamente el registro de la experiencia cristiana a través de los años, los que más gozaron del poder del Espíritu son los que menos tuvieron que decir acerca de Él por vía de un Intento de definición. Los santos de la Biblia que anduvieron en el Espíritu nunca trataron de explicarlo. En los tiempos postbíblicos muchos de los que fueron llenados y poseídos por el Espíritu se vieron impedidos, por las limitaciones de sus dotes literarias, de decirnos mucho acerca de Él. No tenían dotes para el análisis del yo, sino que vivían desde el interior en una acrítica sencillez. Para ellos el Espíritu era Uno que debía ser amado y con quien debían tener comunión como con el mismo Señor Jesús. Se hubieran visto totalmente perdidos en una discusión metafísica acerca de la naturaleza del Espíritu, pero no tenían problemas en acogerse al poder del Espíritu para la santidad de vida y para un servicio fructífero.

Y así es como debería ser. La experiencia personal debe ser siempre lo primero en la vida real. Lo más importante es que experimentemos la realidad por el método más corto y directo. Un niño puede comer un alimento nutritivo sin saber nada acerca de química ni de dietética. Un muchacho campesino puede conocer los deleites del puro amor y no haber oído nunca de Sigmund Freud o de Havelock Ellis. El conocimiento experimental es siempre mejor que el mero conocimiento por descripción, y lo primero ni presupone el segundo ni lo necesita. En religión, más que en cualquier otro campo de la experiencia humana, se debe establecer siempre una acusada distinción entre *conocer acerca de* y *conocer*. La distinción es la misma que entre conocer acerca de la comida y realmente consumirla. Un hombre puede morir de hambre sabiéndolo todo acerca del

pan, y un hombre puede quedar espiritualmente muerto aunque conozca todos los hechos históricos de la fe cristiana.

«Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» Sólo tenemos que introducir un pequeño cambio en este versículo para poder ver lo Inmensa que es la diferencia respecto a conocer acerca de, y conocer: «Ésta es la vida eterna: que conozcan *acerca* de ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» Este pequeño cambio es causa de la gran diferencia entre la vida y la muerte, porque alcanza a la misma raíz del versículo, y cambia su teología de una manera radical y vital.

A pesar de todo esto, no queremos subestimar la importancia del mero conocer acerca de. Su valor reside en su capacidad de suscitar en nosotros el deseo de conocer experimentalmente. Así, el conocimiento por descripción puede conducir al conocimiento experimental. *Puede* conducir, digo, pero no necesariamente. Así, no osaremos llegar a la conclusión de que por el hecho de aprender acerca del Espíritu, por esta misma razón lo conozcamos. Conocerle viene sólo de un encuentro personal con el mismo Espíritu Santo.

¿Cómo vamos a pensar acerca del Espíritu? Se puede aprender mucho del Espíritu Santo por medio de la misma palabra *espíritu*. Espíritu denota existencia en un nivel superior y más allá de la materia: significa vida subsistiendo en otro modo. El espíritu es sustancia que no tiene peso, ni dimensión, ni tamaño ni extensión en el espacio. Estas cualidades pertenecen todas a la materia, y no pueden tener aplicación al espíritu. Pero el espíritu es un verdadero ser, y es objetivamente real. Si es difícil de visualizar, pásese por alto, porque en el mejor de los casos es un pobre intento de la mente de aprehender aquello que está más allá de la capacidad de la mente. Y no sucede nada malo si en nuestro pensamiento acerca del Espíritu nos vemos forzados a revestirlo del familiar hábito de forma material.

¿Cómo, pues, pensaremos del Espíritu? La Biblia y la teología cristiana concuerdan en que El es una Persona, dotado de todas las cualidades de la personalidad, como la emoción, el intelecto y la voluntad. Él sabe, Él quiere, Él ama; Él siente afecto, antipatía y compasión. Piensa, ve, oye y habla y ejecuta todo acto del que sea capaz la personalidad.

Una cualidad perteneciente al Espíritu Santo, de gran interés e importancia para todo corazón indagador, es su capacidad penetradora. Él puede penetrar la materia, como el cuerpo humano; puede penetrar la mente; puede penetrar otro espíritu, como el espíritu humano. Puede conseguir una total penetración de/ y una real mezcla con el espíritu humano. Puede invadir el corazón humano y hacer lugar para sí sin expulsar nada esencialmente humano. La integridad de la personalidad humana permanece sin daños. Sólo el mal moral se ve obligado a retirarse.

El problema metafísico aquí involucrado no puede ser ni evitado ni resuelto. ¿Cómo puede una personalidad entrar en otra? La contestación candida sería simplemente que no lo sabemos, pero se puede llegar a una aproximación a su entendimiento mediante una sencilla analogía tomada de los antiguos escritores devocionales de hace varios siglos. Ponemos un trozo de hierro en un fuego, y avivamos los carbones. Al principio tenemos dos sustancias distintas, hierro y fuego. Cuando ponemos el hierro en el fuego logramos que el hierro sea penetrado por el fuego. Pronto el fuego comienza a penetrar en el hierro, y no sólo tenemos el hierro en el fuego sino también el fuego en el hierro. Son dos sustancias distintas, pero se han entremezclado e interpenetrado de tal manera que las dos cosas se han transformado en una sola.

De una manera similar penetra el Espíritu Santo en nuestras vidas. A lo largo de toda la experiencia permanecemos siendo nosotros mismos. No hay destrucción de la sustancia. Cada uno persiste siendo un ser separado como antes; la diferencia es que ahora el Espíritu penetra y llena nuestras personalidades, y somos *experimentalmente uno con Dios*.

¿Cómo pensaremos acerca del Espíritu Santo? La Biblia declara que Él es Dios. Toda cualidad que le pertenece al Dios Omnipotente le es libremente atribuida. Todo lo que Dios es se declara del Espíritu. El Espíritu de Dios es uno con/ e igual a Dios, así como el Espíritu del hombre es igual a/ y uno con el hombre. Esto es tan plenamente enseñado en las Escrituras que podemos, sin perjudicar el argumento, omitir la formalidad de dar los textos de prueba. El lector más casual de las Escrituras lo habrá descubierto por sí mismo.

La iglesia histórica, cuando formuló su «regla de fe», escribió abiertamente en su confesión su creencia en la Deidad del Espíritu Santo. El Credo de los Apóstoles da testimonio de la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, y no establece diferencia entre los tres. Los Padres que redactaron el Credo Niceno testificaron, en un pasaje de gran belleza, acerca de su fe en la deidad del Espíritu:

*Y creo en el Espíritu Santo,
El Señor y Dador de la vida.
Que procede del Padre y del Hijo;
Que juntamente con el Padre y el Hijo
Es adorado y glorificado.*

La controversia arriana del siglo cuarto obligó a los Padres a declarar sus creencias con mayor claridad que antes. Entre los importantes escritos que aparecieron en aquel tiempo está el Credo de Atanasio. Poco nos importa hoy día quién lo redactó. Fue escrito en un intento de declarar de la manera más breve posible lo que la Biblia enseña acerca de la naturaleza de Dios; y esto lo ha hecho con una inclusividad y precisión pocas veces igualada en la literatura universal. Aquí tenemos unas pocas citas que tienen que ver con la Deidad del Espíritu Santo:

«Hay una Persona del Padre, otra del Hijo, y otra del Espíritu Santo. Pero la Deidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo es toda una: igual la Gloria; coeterna la Majestad. Y en esta Trinidad nadie es anterior, ni después de otro: nadie es mayor, ni menor que otro. Sino que todas las tres Personas son coeternas juntamente, y coiguales. Así que en todas las cosas, como se ha dicho antes: la Unidad en Trinidad, y la Trinidad en Unidad, debe ser adorada.»

En su himnología sagrada, la Iglesia ha reconocido libremente la Deidad del Espíritu, y en su inspirado cántico lo ha adorado con gozoso abandono. Algunos de nuestros himnos al Espíritu se han vuelto tan conocidos que tendemos a perder de vista su verdadero sentido por la misma circunstancia de que nos son tan familiares. Un himno así es el maravilloso «Santo Espíritu, con Luz Divina»; otro es el más reciente «Sobre mí sopla, oh Hálito Divino»; y hay muchos otros. Han sido cantados tan frecuentemente por personas que no tienen conocimiento

experimental de su contenido que, para la mayoría de entre nosotros, han perdido su significado casi del todo.

En las obras poéticas de Frederick Faber he encontrado un cántico al Espíritu Santo que yo considero entre los mejores jamás escritos, pero para el que nunca, que yo sepa, se ha compuesto música, o, si así se ha hecho, nunca ha sido cantado en ninguna iglesia de las que yo he conocido. ¿Podría deberse ello a que incorpora una experiencia personal del Espíritu Santo tan profunda, tan íntima, tan al rojo vivo, que no se corresponde con nada en los corazones de los adoradores del evangelismo de nuestro tiempo actual? Cito tres estrofas:

*iDe Amor la Fuente! iVerdadero Dios, Tú,
Quien a través de eternos dios
Del Padre y del Hijo has procedido
En tu increado Ser!*

*iTe temo. Amor sin comienzo!
iDios verdadero! iDe la gracia fuente sólo!
Y ahora tu trono bendito
Mi pecaminoso yo humillo.*

*iOh Luz! iOh Amor! iOh Tu el mismo Dios!
No oso mis ojos más fijar
En tus atributos maravillosos
Y sus misteriosos consejos.*

Estas líneas tienen todo aquello que constituye un gran himno: una sana teología, estructura llana, hermosura lírica, una alta comprensión de ideas profundas y una gran carga de sublime sentimiento religioso. Y sin embargo sufren un total descuido. Creo que un gran resurgir del poder del Espíritu entre nosotros volverá a abrir pozos de himnología durante mucho tiempo olvidada. Porque los cánticos no pueden jamás traernos el Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo, invariablemente, trae consigo el cántico.

Lo que tenemos en la doctrina cristiana del Espíritu Santo es la Deidad presente entre nosotros. Él no es sólo el mensajero de Dios, sino que *Él es Dios*. Él es Dios en contacto con sus criaturas, obrando en ellas y entre ellas una obra de salvación y de renovación.

Las Personas de la Deidad nunca obran por separado. No osaremos pensar de ellas de manera que «dividamos la sustancia». Cada acto de Dios es obrado por las tres Personas. Dios no está Jamás presente en una Persona sin las otras Dios. No se puede dividir a sí mismo. Donde está el Espíritu está también el Padre y el Hijo. «Iremos a él, y haremos morada con él.» Para el cumplimiento de alguna obra específica, una Persona puede por un tiempo destacarse más que las otras, pero nunca está sola. Dios está siempre totalmente presente cuando está presente en absoluto.

La respuesta apropiada a la pregunta reverente de «¿Cómo es Dios?» será siempre: «Es como Cristo.» Porque Cristo es Dios, y el Hombre que anduvo entre los hombres en Palestina era Dios actuando como Él mismo en la situación familiar en la que su encamación le situó. A la pregunta de «¿Cómo es el Espíritu?» se deberá siempre contestar: «Es como Cristo.» Porque el Espíritu es la esencia del Padre y del Hijo. Como Ellos son, así es Él. Tal como sintamos con respecto a Cristo y con respecto a nuestro Padre que está en el cielo, así debiéramos sentirnos para con el Espíritu del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo es el Espíritu de vida, de luz y de amor. En su naturaleza Increada Él es un mar infinito de fuego, fluyendo, siempre activo, ejecutando, en su moverse, los eternos propósitos de Dios. Para con la naturaleza Él ejecuta una obra determinada; para con el mundo, otra; y para con la Iglesia, otra. Y cada uno de sus actos concuerda con la voluntad del Dios Trino y Uno. Jamás actúa impulsivamente ni se mueve por una decisión instantánea o arbitrarla. Por cuanto Él es el Espíritu del Padre, siente para con su pueblo exactamente lo que siente el Padre, por lo que no debemos tener sentimiento alguno de ser extraños en su presencia. Él siempre actuará como Jesús, en compasión para con los pecadores, en cálido afecto para con los santos, con la más tierna piedad y amor para con el dolor humano.

Es hora de que nos arrepintamos, porque nuestras transgresiones contra la bienaventurada tercera Persona han sido muchas y graves. Le hemos maltratado amargamente en la casa de sus amigos. Le hemos crucificado en su propio templo, como crucificaron otros al Hijo Eterno en el monte fuera de Jerusalén. Y los clavos que hemos empleado no son de hierro, sino del material más fino y precioso que constituye la vida

humana. De nuestros corazones hemos tomado los acicalados metales de la voluntad, del sentimiento y del pensamiento. y con ellos hemos hecho los clavos de la sospecha, de la rebelión y de la negligencia. Con pensamientos indignos acerca de Él y actitudes inamistosas contra Él le hemos contristado y apagado día tras día, sin fin.

El arrepentimiento más verdadero y aceptable es invertir nuestras acciones y actitudes de las que nos arrepentimos. MU años de remordimiento por una mala acción no complacerían tanto a Dios como un cambio de conducta y una vida rectificada. «Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será amplio en perdonar.»

Nuestro mejor arrepentimiento con respecto a nuestro descuido será no descuidarle más. Comencemos a pensar en Él como Uno que debe ser adorado y obedecido. Abramos de par en par todas las puertas, e invitémosle a entrar. Rindamos a Él todas las estancias en el templo de nuestros corazones, e insistamos en que entre y tome posesión como Señor y Dueño en su propia morada. Y recordemos que Él es atraído al dulce Nombre de Jesús como las abejas lo son a la dulce fragancia de las flores. Allí donde Cristo reciba honra, el Espíritu se sentirá acogido; allí donde Cristo sea glorificado, Él se moverá libremente, complacido y en su morada.

6

La iluminación del Espíritu

Respondió Juan y dijo: Un hombre no puede recibir nada, si no se le ha dado del cielo.

Juan 3:27

AQUÍ TENEMOS, EN ESTA BREVE declaración, la esperanza y la desesperación de la humanidad. «Un hombre no puede recibir nada.» En base al contexto sabemos que Juan se está refiriendo a la verdad espiritual. Nos está diciendo que hay una clase de verdad que nunca puede ser aprehendida por el intelecto, porque el intelecto existe para la aprehensión de las ideas, y esta verdad no se compone de ideas, sino de vida. La verdad divina es de naturaleza espiritual, y por esta razón puede ser recibida sólo por revelación espiritual. «Si no se le ha dado del cielo.»

No tenemos aquí el establecimiento de una nueva doctrina por parte de Juan, sino de un progreso sobre una verdad ya enseñada en el Antiguo Testamento. El profeta Isaías, por ejemplo, tiene este pensamiento: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos.' dice Jehová. Pues así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.»

Quizá esto no hubiera significado para sus lectores nada más que el hecho de que los pensamientos de Dios, aunque similares a los nuestros, eran más sublimes, y que sus caminos muy sublimes por encima de los nuestros, como le corresponde a los caminos de Aquel cuya sabiduría es infinita y cuyo poder no conoce límites. Ahora Juan nos dice claramente que los pensamientos de Dios no sólo son cuantitativamente mayores, sino que cualitativamente son totalmente diferentes de los nuestros. Los pensamientos de Dios pertenecen al mundo del espíritu, los del hombre al mundo del intelecto, y mientras que el espíritu puede incluir al intelecto, el Intelecto humano Jamás puede abarcar al espíritu. Los pensamientos del hombre no pueden

abarcas los de Dios. « ¡Cuan inescrutables son sus Juicios, e insondables sus caminos!»

Dios hizo al hombre a su imagen, y puso en él un órgano por medio del cual podría conocer cosas espirituales. Cuando el hombre pecó, aquel órgano murió. «Muertos en pecado» es una descripción no del cuerpo ni tampoco del intelecto, sino del órgano conocedor de Dios en el alma humana. Ahora los hombres se ven obligados a depender de un órgano distinto e inferior, y que es además totalmente inadecuado para este propósito. Me refiero, naturalmente, a la mente como el asiento de sus capacidades de razonamiento y de comprensión.

El hombre no puede conocer a Dios mediante la razón; sólo puede saber *acerca de* Dios. Por medio de la luz de la razón se pueden descubrir ciertos hechos importantes acerca de Dios. «Porque lo que de Dios se conoce es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él. su eterno poder y divinidad se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.» Por medio de la luz de la naturaleza, la razón moral del hombre puede ser iluminada, pero los más profundos misterios de Dios le permanecen ocultos hasta que ha recibido iluminación de lo alto. «El hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se han de discernir espiritualmente.» Cuando el Espíritu alumbró el corazón, entonces una parte del hombre ve lo que jamás había visto antes; una parte de él conoce lo que jamás había conocido antes, y ello con una clase de conocimiento que el más agudo pensador no puede imitar. Sabe ahora de una manera profunda y autorizada, y lo que conoce no precisa de prueba razonada. Su experiencia de conocer está por encima de la razón, y es inmediata, perfectamente convincente e interiormente satisfactoria.

«Un hombre no puede recibir nada.» Ésta es la carga de la Biblia. Piensen lo que piensen los hombres de la razón humana. Dios tiene una pobre opinión de ella. « ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el letrado? ¿No ha convertido Dios la sabiduría del mundo en necedad?» La razón humana es un buen instrumento y es útil dentro de su campo. Es un don de Dios, y Dios no duda en apelar a ella, como cuando clama a Israel: «Venid luego..., y estemos a cuenta.» La incapacidad de la razón humana como

órgano de conocimiento divino surge no de su debilidad sino de su falta de idoneidad para tal función, en base a sus propias características. No fue dada como órgano mediante el que conocer a Dios.

La doctrina de la incapacidad de la mente humana y de la necesidad de la Iluminación divina está tan totalmente desarrollada en el Nuevo Testamento que es para dejar atónito a uno que nos hayamos extraviado hasta tal punto acerca de ello. El fundamentalismo se ha mantenido alejado del liberal en una superioridad engreída, y ha caído en error por su propia parte, en el error del textualismo, que es la simple ortodoxia sin el Espíritu Santo. En todas partes entre los conservadores encontramos a personas que están enseñadas en la Biblia pero no enseñadas en el Espíritu. Conciben la verdad como algo que puede ser aprehendido por la mente. Si un hombre sostiene los puntos fundamentales de la fe cristiana, se piensa de él que posee verdad divina. Pero una cosa no sigue de la otra. No hay verdad aparte del Espíritu. El más brillante de los intelectos cae en la imbecilidad cuando se encuentra ante los misterios de Dios. El que un hombre comprenda la verdad revelada demanda un acto de Dios igual al acto original que inspiró el texto.

«Si no se le ha dado del cielo.» Aquí tenemos la otra parte de la verdad; hay esperanza para todos, porque estas palabras significan ciertamente que existe el don del conocimiento, don que viene del cielo. Cristo enseñó a sus discípulos a que esperaran la venida del Espíritu de Verdad, que les enseñaría todas las cosas. Explicó el conocimiento de Pedro acerca de que Él era el Cristo como una revelación directa del Padre en el cielo. Y en una de sus oraciones, dijo: «Te alabo. Padre. Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las revelaste a los niños.» Por «los sabios y los entendidos» nuestro Señor se refería no a los filósofos griegos, sino a los estudiosos judíos de la Biblia, y a los maestros de la Ley.

Esta idea básica, la incapacidad de la razón humana como instrumento del conocimiento de Dios, fue plenamente desarrollada en las epístolas de Pablo. El apóstol excluye con toda franqueza toda facultad natural como instrumento para el descubrimiento de la verdad divina, y nos arroja impotentes en manos del Espíritu que obra en nosotros. «Cosas que el ojo no

vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha otorgado gratuitamente.»

El pasaje acabado de citar está tomado de la Primera Epístola de Pablo a los Corintios, y no está sacado fuera de contexto ni situado en un marco que pudiera tender a distorsionar su significado. En verdad expresa la misma esencia de la filosofía espiritual de Pablo, y está plenamente de acuerdo con el resto de la Epístola y. puedo añadir, con el resto de los escritos de Pablo tal como los tenemos preservados en el Nuevo Testamento. Aquel tiempo de racionalismo teológico tan popular hoy en día habría sido algo completamente extraño a la mente del gran apóstol. Él no tenía fe en la capacidad del hombre de comprender la verdad aparte de la iluminación directa del Espíritu Santo.

Acabo de emplear la palabra *racionalismo*, y debo o bien retractarme de ella o bien Justificar su empleo en conjunción con la ortodoxia. No creo tener ningún problema en hacer esto último. Porque el textualismo de nuestro tiempo está basado en la misma premisa que el antiguo racionalismo, esto es, la creencia de que la mente humana es la autoridad suprema como criterio de verdad. O. dicho en otras palabras, es *la confianza en la capacidad de la mente humana para hacer aquello para lo cual la Biblia declara que no fue creada y que en consecuencia es totalmente incapaz de hacer*. El racionalismo filosófico es suficientemente honrado para rechazar la Biblia de plano. El racionalismo teológico la rechaza mientras que pretende aceptarla, y al hacerlo así se arranca él mismo los ojos.

La almendra interior de la verdad tiene la misma configuración que la cascara exterior. La mente puede percibir la cascara, pero sólo el Espíritu de Dios puede asir la esencia interior. Nuestro gran error ha sido habernos confiado a la cascara y haber creído que éramos sanos en la fe porque podíamos explicar la forma externa de la verdad tal como se encuentra en

la letra de la Palabra. Y por este error mortal el fundamentalismo está lentamente agonizando. Hemos olvidado que la esencia de la verdad espiritual no puede venir a aquel que conoce la cascara externa de verdad a no ser que haya primero una operación milagrosa del Espíritu en el corazón.

Aquellos sobretonos de deleite religioso que acompañan a la verdad cuando el Espíritu la ilumina están prácticamente ausentes de la Iglesia en la actualidad. Aquellos atisbos arrebatadores del País Celestial son pocos y oscuros; apenas si se puede discernir la fragancia de la «rosa del Sarón». En consecuencia, nos hemos visto forzados a buscar en otros lugares para nuestros deleites, y los hemos encontrado en el arte dudoso de cantantes de ópera convertidos o en los vacíos sonos extraños y curiosos arreglos musicales. Hemos intentado hacernos con placeres espirituales manipulando emociones carnales y agitar sentimientos sintéticos por medios totalmente carnales. Y el efecto total ha sido mortífero.

En un notable sermón sobre «El verdadero camino para alcanzar el conocimiento divino», John Smith expone la verdad que intento describir aquí: «Si verdaderamente debiera definir la divinidad, debería más bien llamarla una *vida* divina que una *ciencia* divina; es algo que más bien debe ser comprendido por una *sensación espiritual* que por ninguna *descripción verbal*... La divinidad es verdaderamente un *efluvio* de la Luz Eterna, que, como los rayos del sol, no sólo alumbra, sino que *calienta* y *vivifica*... No debemos pensar que hemos alcanzado el verdadero conocimiento de la verdad cuando hemos traspasado la cascara externa de las palabras y frases que la abrigan... Hay un conocimiento de la Verdad que es en Jesús, según es en una naturaleza semejante a la de Cristo, según es en aquel dulce, gentil, humilde y amante Espíritu de Jesús, que se extiende como un sol matutino sobre las almas de los buenos, llena de vida y de luz. De poco aprovecha conocer al mismo Cristo según la carne; pero Él da su Espíritu a hombres buenos que buscan las cosas profundas de Dios. Hay una hermosura interior, vida y encanto en la Verdad divina, que puede sólo ser conocida cuando es digerida en la vida y en la práctica.

Este viejo teólogo sostenía que era absolutamente necesaria una vida pura para un verdadero entendimiento de la verdad espiritual. «Hay», dice él, «una dulzura interior y una delicia en la verdad divina, que ninguna mente sensual puede saborear ni

gozar: éste es aquel hombre "natural" que no saborea las cosas de Dios... la divinidad no es tanto percibida por un ingenio sutil como por un sentido purificado».

Mil doscientos años antes que fueran escritas las palabras anteriores, Atanasio había escrito un profundo tratado llamado *La Encarnación de la Palabra de Dios*. En este tratado ataca osadamente los difíciles problemas inherentes a la doctrina de la Encarnación. Todo el libro es una notable demostración de una razón pura dedicada a la revelación divina. Hace un gran alegato en pro de la Deidad de Cristo, y, para todos los creyentes en la Biblia, soluciona la cuestión por todos los siglos. Pero tan poco confía en la mente humana para abarcar los misterios divinos que concluye su gran obra con una solemne advertencia en contra de una comprensión meramente intelectual de la verdad espiritual. Sus palabras deberían ser impresas en tipo grande y pegadas en el escritorio de cada pastor y estudiante de teología de todo el mundo:

«Pero para escudriñar las Escrituras y para un verdadero conocimiento de las mismas, se necesita de una vida honorable, y de un alma pura, y aquella virtud que es según Cristo; de modo que guiando el intelecto su camino por ella, pueda ser capaz de alcanzar lo que desea, y comprenderlo, hasta allí donde sea accesible a la naturaleza humana aprender acerca de la palabra de Dios. Porque sin una mente pura y un modelado de la vida según los santos, un hombre no podría comprender las palabras de los santos... El que quiera comprender la mente de los que hablan de Dios tiene que comenzar lavando y purificando su alma.»

Los viejos creyentes judíos de los tiempos precristianos que nos dieron los libros (poco conocidos por los modernos protestantes) de la Sabiduría de Salomón y de Eclesiástico, creían que es imposible para un corazón impuro conocer la verdad divina. «Porque en un alma maliciosa no entrará la sabiduría; ni morará en el cuerpo sujeto a pecado. Porque el santo espíritu de disciplina huirá del engaño, y se apartará de pensamientos carentes de entendimiento, y no permanecerá cuando entre la injusticia.»

Estos libros, junto con nuestro bien conocido libro de Proverbios, enseñan que el verdadero conocimiento espiritual es resultado

de una visitación de sabiduría celestial, una especie de bautismo del Espíritu de Verdad que viene a hombres temerosos de Dios. Esta sabiduría está siempre asociada con la rectitud y la humildad, y Jamás se encuentra aparte de la piedad y de la verdadera vida en santidad.

Los cristianos conservadores de nuestros días están tropezando sobre esta verdad. Tenemos que reexaminarlo todo. Tenemos que aprender que la verdad no consiste en la doctrina correcta, sino en la doctrina correcta *más la iluminación del Espíritu Santo*. Tenemos que volver a declarar el misterio de sabiduría de lo alto. La vuelta a la predicación de esta verdad vital podría resultar en un fresco hálito de Dios sobre una ortodoxia reseca y sofocadora.

7

El Espíritu como poder

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.

Hechos 1:8

ALGUNOS BUENOS CRISTIANOS han leído mal este texto y han dado por supuesto que Cristo les dijo a sus discípulos que iban a recibir el Espíritu Santo y poder, y que el poder vendría después de la llegada del Espíritu. Una lectura superficial del texto de la traducción de Reina-Valera podría conducir a esta conclusión, pero la verdad es que Cristo no enseñó acerca de la venida del Espíritu Santo y poder, sino de la venida del Espíritu Santo *como* poder. El poder y el Espíritu son lo mismo.

Nuestra lengua materna es un instrumento hermoso y flexible, pero puede ser también incierta y conducente a error, y por esta razón debe ser empleada con cuidado si queremos evitar dar o recibir falsas impresiones por medio de ella. Esto es especialmente cierto cuando estamos hablando de Dios, porque siendo que Dios es totalmente desemejante a cualquier cosa o a cualquiera en su universo, tanto nuestras palabras acerca de Él como nuestros pensamientos están en constante peligro de extraviarnos. Un ejemplo de ello se encuentra en las palabras «El poder de Dios». El peligro es que pensemos en el «poder» como algo que pertenece a Dios en la forma en que la energía muscular pertenece al hombre, como algo que Él *posee* y que pudiera separarse de Él y seguir teniendo existencia propia. Tenemos que recordar que los «atributos» de Dios no son partes componentes de la bienaventurada Deidad ni elementos de los que Él está constituido. Un dios que pudiera estar *compuesto* no sería en absoluto Dios, sino la obra de algo o de alguien mayor que él, lo suficientemente grande para componerlo. Tendríamos entonces un dios sintético hecho de los fragmentos que llamamos atributos, y el verdadero Dios sería otro Ser bien distinto. Uno que está por encima de todo pensamiento y de toda Imaginación.

La Biblia y la teología cristiana enseñan que Dios es una Unidad indivisible, siendo lo que Él es en indivisa unicidad, de Quien nada puede ser quitado, y a Quien nada puede añadirsele. La misericordia, por ejemplo, la inmutabilidad, la eternidad, son sólo nombres que le hemos dado a algo que Dios ha declarado ser cierto de Él mismo. Todas las expresiones «de Dios» en la Biblia deben ser entendidas como significando no lo que Dios tiene, sino *lo que Dios es* en su Unidad indivisa e indivisible. Incluso la palabra «naturaleza», cuando se aplica a Dios, debiera ser entendida como una acomodación a nuestra manera humana de entender las cosas, y no como una descripción precisa de nada que sea cierto de la misteriosa Deidad. Dios ha dicho: «Yo soy el que soy», y nosotros tan sólo podemos repetir reverentemente: «Oh Dios, Tú eres.»

Nuestro Señor, antes de su ascensión, les dijo a sus discípulos: «Quedaos en la ciudad (de Jerusalén), hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto». Esta palabra *hasta* es un término temporal: indica un punto en relación con el que todo es o bien anterior o bien posterior. Así, la experiencia de estos discípulos podría ser descrita de la siguiente manera: Hasta aquel punto *no habían* recibido el poder; en aquel punto *sí* recibieron el poder; después de aquel punto *hubieron* recibido el poder. Éste es el hecho llano e histórico. El poder descendió sobre la Iglesia, un poder como jamás antes había venido a la naturaleza humana (con la solitaria excepción de aquella poderosa unción que vino sobre Cristo en las aguas del Jordán). Aquel poder, aún activo en la Iglesia, la ha capacitado para existir por casi veinte siglos, aunque durante todo este tiempo ha permanecido como una minoría sumamente Impopular entre las naciones de la humanidad y se ha visto siempre rodeada de enemigos que gustosamente hubieran puesto fin a su existencia si hubieran podido.

«Recibiréis poder.» Con estas palabras, el Señor suscitó la expectativa de sus discípulos y les enseñó a esperar anhelantes la venida de una potencia sobrenatural a sus naturalezas, procedente de una fuente fuera de ellos. Iba a ser algo anteriormente desconocido para ellos, pero que les sobrevendría repentinamente desde otro mundo. Iba a ser nada menos que el mismo Dios entrando en ellos con el propósito de reproducir, en último término, su propia semejanza en ellos.

Aquí tenemos la línea divisoria que separa al cristianismo de todo ocultismo y de todo tipo de secta oriental antigua o moderna. Todas estas cosas se erigen alrededor de las mismas ideas, variando sólo en detalles nimios, teniendo cada una de ellas su peculiar tipo de frases y aparentemente compitiendo entre sí en vaguedad y oscuridad. Cada una de ellas aconseja: «Sintoniza con el Infinito», o «Despierta al gigante que tienes dentro de ti», o «Sintoniza con tus potencialidades ocultas», o «Aprende a pensar creativamente». Todo esto puede tener algún valor pasajero como inyección psicológica en el brazo, pero sus resultados no son permanentes porque, en el mejor de los casos, erige sus esperanzas sobre la naturaleza humana caída y no conoce ninguna Invasión de lo alto. Y, dígase lo que se diga en favor de ello, *desde luego, y con toda certidumbre, no es cristianismo.*

El cristianismo da por sentada la ausencia de toda ayuda propia y ofrece un poder que no es nada menos que el poder de Dios. Este poder debe sobrevenir sobre hombres impotentes como una gentil pero irresistible invasión desde otro mundo, introduciendo una potencia moral infinitamente por encima de nada que pueda agitarse desde dentro. Este poder es suficiente; no se precisa de ninguna ayuda adicional, ni de ninguna fuente auxiliar de energía espiritual, porque es el Santo Espíritu de Dios que ha venido allí donde había debilidad, para suplir poder y gracia para afrontar la necesidad moral.

Expuesta ante tal y poderosa provisión como la que hemos visto, se ve que el cristianismo ético (si es que se me permite emplear este término) no es cristianismo en absoluto. ¡Una copia infantil de los «Ideales» de Cristo, un lastimoso esfuerzo para llevar a cabo las enseñanzas del Sermón del Monte! Todo esto es un mero escarceo infantil y no es la fe de Cristo y del Nuevo Testamento.

«Recibiréis poder.» Éste fue y es un singular aflato, un otorgamiento de energía sobrenatural que afecta a cada departamento de la vida del creyente y que permanece para siempre con él. No es poder físico ni mental, aunque puede, en su beneficiosa operación, tocar todo, tanto lo mental como lo físico. Es también otro tipo de poder que el que se ve en la naturaleza, en la atracción lunar que crea las mareas o el furioso rayo que parte en astillas, durante una tormenta, al gran roble. Este poder de Dios opera en otro nivel y afecta a otro

departamento de su amplia creación. Es poder espiritual. Es la capacidad de lograr fines espirituales y morales. Su resultado a largo plazo es producir un carácter a semejanza del de Dios en hombres y mujeres que antes eran totalmente malos por naturaleza y por decisión.

Ahora bien, ¿cómo opera este poder? En su aspecto más puro es una fuerza no mediada aplicada directamente por el Espíritu de Dios al espíritu del hombre. El luchador logra sus fines mediante la presión de su cuerpo físico sobre el cuerpo físico de su oponente, el maestro mediante la presión de sus ideas sobre la mente del estudiante, el moralista mediante la presión del deber sobre la conciencia del discípulo. Y el Espíritu Santo efectúa su bendita operación mediante el contacto directo con el espíritu humano.

Sería poco exacto decir que el poder de Dios se experimenta siempre de una manera directa y no mediada, porque cuando así lo quiere Él, el Espíritu puede emplear otros medios, así como Cristo usó saliva para sanar a un ciego. Pero en todo caso el poder está por encima y más allá de los medios. En tanto que el Espíritu puede emplear medios apropiados para bendecir a un creyente, jamás los necesita, porque se trata siempre, en el mejor de los casos, de concesiones temporales a nuestra ignorancia e incredulidad. Allí donde hay un poder adecuado, casi cualquier medio será suficiente, pero donde no hay poder, ni todos los medios en el mundo podrán lograr el fin deseado. El Espíritu de Dios puede emplear un cántico, un sermón, una buena acción, un texto o el misterio y la majestad de la naturaleza, pero siempre la obra final será hecha por la presión del Espíritu vivo sobre el corazón humano.

A la luz de esto se verá cuan vacío y carente de significado es el servicio eclesial de hoy día. Todos los medios están en evidencia; la debilidad ominosa es la ausencia del poder del Espíritu. La forma de piedad está ahí. y con frecuencia la forma se perfecciona hasta que se logra un triunfo estético. La música y la poesía, el arte y la oratoria, las vestimentas simbólicas y los tonos solemnes se combinan para encantar la mente del adorador, pero demasiadas veces está ausente el aflujo sobrenatural. El poder de lo alto no es ni conocido ni deseado por el pastor ni por el pueblo. Y esto no es nada menos que trágico, y tanto más cuanto cae dentro del campo de la religión donde quedan involucrados los destinos eternos de los hombres.

Es a la ausencia del Espíritu que se puede achacar el vago sentimiento de irrealidad que en casi todos los lugares reviste a la religión en nuestros tiempos. En el servicio eclesial promedio lo más real es la irrealidad nebulosa de todas las cosas. El adorador se siente en estado de mentalidad suspendida; le invade una especie de entumecimiento soñoliento; oye palabras, pero no es consciente de ellas, no puede relacionarlas con nada a su propio nivel vital. Es consciente de haber entrado en una especie de mundo a medias; su mente se rinde a un humor más o menos placentero que se desvanece tras la bendición, que no deja ni una marca tras sí. No, afecta a nada en su vida diaria. No es consciente de poder alguno, de Presencia alguna, de ninguna realidad espiritual. Sencillamente, no hay nada en su experiencia que se corresponda con las cosas que ha oído desde el pulpito o cantado en los himnos.

Un significado de la palabra «poder» es «capacidad de hacer». Ahí reside precisamente la maravilla de la obra del Espíritu en la Iglesia y en los corazones de los cristianos. Su segura capacidad para hacer reales las cosas espirituales para el alma. Este poder puede ir directamente a su objetivo con una puntería certera; puede difundirse a través de la mente como una esencia infinitamente sutil y volátil, logrando fines por encima y más allá de los límites del intelecto. La realidad es su tema, la realidad en el cielo y sobre la tierra. No crea objetos que no estén ahí, sino que revela objetos ya presentes y ocultos al alma. En la experiencia humana real esto será probablemente sentido primero en un sentimiento intensificado de la Presencia de Cristo. Se siente que es una Persona real y que se encuentra muy íntima y atrayentemente cerca. Entonces todos los demás objetos espirituales comienzan a destacarse claramente ante la mente. La gracia, el perdón, la purificación toman una forma con claridad casi corpórea. La oración pierde su carencia de significado y se transforma en una dulce conversación con Alguien que realmente está ahí. Se apodera del alma el amor hacia Dios y hacia los hijos de Dios. Nos sentimos cerca del cielo y es ahora que la tierra y el mundo comienzan a sentirse irreales. Ahora los vemos como son, verdaderamente realidades, pero como un escenario aquí para un breve momento, y que pronto se desvanecerá. El mundo venidero adquiere un perfil claro delante de nuestras mentes, y comienza a invitar nuestro interés y nuestra devoción. Entonces cambia todo el tono de la vida para adecuarse a la nueva realidad y el cambio es permanente. Puede que se den ligeras fluctuaciones

como la subida y bajada de una línea en una gráfica, pero la dirección permanente es hacia arriba, y se mantiene el territorio tomado.

Creo que no pueden abrigarse dudas acerca de que la necesidad por encima de toda otra necesidad de la Iglesia de Dios en este momento es el poder del Espíritu Santo. Más educación, mejor organización, equipamientos más buenos, métodos más avanzados: todo ello de nada sirve. Es como traer un mejor ventilador pulmonar una vez que el paciente ha muerto. Por buenas que sean estas cosas, no pueden dar vida. «Es el Espíritu el que da vida.» Por buenas que sean estas cosas, no pueden dar poder. «El poder pertenece a Dios.» El protestantismo va por el mal camino cuando trata de vencer sólo por medio de «un frente unido». No es la unidad organizativa lo que más necesitamos; la gran necesidad es de poder. Las lápidas de un cementerio presentan un frente unido, pero se levantan mudas e impotentes mientras que el mundo va pasando.

Supongo que mi sugerencia no recibirá mucha atención seria, pero me gustaría sugerir que los cristianos creyentes en la Biblia anunciáramos una moratoria en la actividad religiosa a fin de poner en orden nuestras casas en preparación a la venida de un aflujo de lo alto. Tan camal es el cuerpo de cristianos que compone el ala conservadora de la Iglesia, tan asombrosamente irreverentes son nuestros servicios públicos en algunas fracciones, tan degradados están nuestros gustos religiosos en otros, que difícilmente puede haber sido más necesaria la necesidad de poder en ningún otro tiempo en la historia. Creo que obtendríamos gran provecho si declararíamos un periodo de silencio y de autoexamen durante el que cada uno de nosotros se mirara seriamente en su propio corazón y tratara de cumplir todas las condiciones para un verdadero bautismo de poder de lo alto.

De una cosa podemos estar seguros: de que para nuestro profundo apuro no hay cura aparte de una visitación, mejor aún, de una *invasión* de poder de lo alto. Sólo el mismo Espíritu nos puede mostrar lo que está mal con nosotros, y sólo el Espíritu puede prescribir la curación. Sólo el Espíritu nos puede salvar de la irrealidad entumecedora de una cristiandad sin el Espíritu. Sólo el Espíritu nos puede presentar al Padre y al Hijo. Sólo la operación Interna del poder del Espíritu puede

descubrirnos la solemne majestad y el arrebatador misterio del Dios Trino y Uno.

8

El Espíritu Santo como fuego

Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de Juego, que se asentó sobre cada uno de ellos.

Hechos 2:3, RV

LA TEOLOGÍA CRISTIANA ENSEÑA que Dios es, en su naturaleza esencial, inescrutable e inefable. Esto significa, en una sencilla definición, que Él no puede ser investigado ni entendido, y que El no puede comunicar ni expresar lo que Él es. Esta Incapacidad no reside en Dios sino en la limitación de nuestra condición de criaturas. « ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es oculto?» Sólo Dios conoce a Dios en cualquier sentido final de la palabra *conocer*. «Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.»

Al cristiano medio de la actualidad todo esto puede sonarle a extraño, si no totalmente conducente a la confusión, porque el talante del pensamiento religioso de nuestros tiempos es decididamente ateológico. Podemos vivir una vida entera y morir sin haber sentido nuestras mentes desafiadas por el dulce misterio de la Deidad si es que hemos de depender de las iglesias para que hagan el desafío. Están demasiado ocupadas Jugando con sombras y «ajustándose» a una y a otra cosa para que puedan pasarse mucho tiempo pensando acerca de Dios. Bueno sería, por tanto, considerar durante algo más de tiempo la inescrutabilidad divina.

En su Ser esencial Dios es singular en el único sentido de esta palabra. Esto es, no hay nada como Él en todo el universo. Lo que Él es no puede ser concebido por la mente porque Él es «totalmente otro» a nada que nosotros hayamos podido experimentar antes. La mente no tiene dato alguno con el que comenzar. Nadie ha entretenido un pensamiento del que se pueda decir que describe a Dios en ningún sentido más que en el más vago e imperfecto. Allí donde Dios sea conocido en absoluto tiene que serlo de otra forma que por nuestra razón creada. Novaciano, en un famoso tratado acerca de la Trinidad escrito alrededor de mediado el siglo tercero, dice: «En todas nuestras meditaciones sobre las cualidades de los atributos y contenido de Dios, pasamos más allá de nuestra capacidad de concepción

adecuada, ni tampoco puede la elocuencia humana dar una capacidad conmensurada con su grandeza. Ante la contemplación y proclamación de su majestad, toda elocuencia queda naturalmente muda, débil todo esfuerzo mental. Porque Dios es mayor que la misma mente. Su grandeza no puede ser concebida. No; si pudiéramos concebir su grandeza. Él sería menos que la mente humana que podría formarse tal concepción. Él es mayor que todo nuestro lenguaje, y ninguna declaración lo puede expresar. En verdad, si cualquier declaración pudiera expresarle, sería menos que el lenguaje humano, que podría mediante tal declaración abarcarlo y reunir todo lo que Él es. Naturalmente, hasta cierto punto podemos tener experiencia de Él, sin lenguaje, pero nadie puede expresar verbalmente todo lo que Él es en sí mismo. Supongamos, por ejemplo, que uno habla de Él como la luz; éste es un relato de parte de su creación, no de Él mismo. No expresa lo que Él es. O supongamos que alguien habla de Él como poder. Esto también expresa en palabras su atributo de poder, y no el de su ser. O supongamos que uno habla de Él como majestad. Una vez más, tenemos una declaración del honor que le pertenece, y no de Él en sí mismo... Para resumir toda la cuestión en una sola oración, toda posible declaración que se pueda hacer de Dios expresa alguna posesión o virtud de Dios, y no del mismo Dios. ¿Qué palabras o pensamientos son dignos de Él, que está por encima de todo lenguaje y de todo pensamiento? El concepto de Dios tal como Él es sólo puede ser comprendido de una manera, e incluso esto es imposible para nosotros, más allá de nuestra comprensión y entendimiento; pensando en Él como un Ser cuyos atributos y grandeza están más allá de nuestra capacidad de comprensión, e incluso del pensamiento.»

Precisamente porque Dios no nos puede decir *lo que Él es* nos dice muy frecuentemente *a qué se asemeja*. Mediante estas figuras de « semejanza » Él conduce nuestras vacilantes mentes tan cerca como sea posible a aquella « Luz inaccesible ». A través del más farragoso uso del medio del intelecto, el alma es preparada para el momento en que pueda, por medio de la operación del Espíritu Santo, conocer a Dios tal como Él es en sí mismo. Dios ha empleado un número de estas similitudes para insinuar su ser incomprensible, y a juzgar por las Escrituras, uno pensaría que *su semejanza favorita es la del fuego*. En un pasaje el Espíritu dice expresamente: « Porque nuestro Dios es un fuego consumidor. » Esto concuerda con su revelación de sí mismo tal como queda registrada por toda la

Biblia. Como fuego, se dirigió a Moisés desde la zarza ardiendo; en el fuego Él moraba por encima del campamento de Israel por toda la peregrinación por el desierto; como fuego moraba entre las alas de los querubines en el Lugar Santísimo; a Ezequiel se reveló como un extraño resplandor «con un fuego fulgurante*. «Y vi luego como el fulgor del bronce bruñido, como apariencia de fuego dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba: y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. Semejante al arco iris que aparece en las nubes el día que llueve, así era el aspecto del resplandor alrededor. Ésta era la apariencia de la imagen de la gloria de Je-hová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba» (Ezequiel 1:27-28).

Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés se siguió empleando la misma imaginería. «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos» (Hechos 2:3. RV).

Aquello que descendió sobre los discípulos en aquel aposento alto era nada menos que el mismo Dios. Ante los ojos mortales de ellos Él se apareció como fuego, y ¿no podemos concluir con certeza que aquellos creyentes enseñados por las Escrituras supieron en el acto de qué se trataba? El Dios que se les había aparecido como fuego a lo largo de su larga historia estaba ahora morando en ellos como fuego. Se había movido desde fuera hacia el interior de sus vidas. La Shekiná que había ardido sobre el propiciatorio ahora ardía sobre sus frentes como emblema externo del fuego que había invadido sus naturalezas. Aquí tenemos a la Deidad dándose a sí misma a hombres redimidos. La llama fue el sello de una nueva unión. Ahora eran hombres y mujeres del Fuego.

Aquí tenemos todo el mensaje final del Nuevo Testamento: Por medio de la expiación en la sangre de Jesús los pecadores pueden ahora llegar a ser uno con Dios. ¡La Deidad morando en los hombres! Esto es el cristianismo en su más plena realización, e incluso aquellas mayores glorias del mundo venidero serán en esencia tan sólo una experiencia mayor y más perfecta de la unión del alma con Dios.

¡La Deidad morando en los hombres! Esto es, digo, el cristianismo, y nadie ha experimentado rectamente el poder de

la fe cristiana hasta que haya conocido esto por sí mismo como una realidad viva. Todo lo demás es preliminar a esto. La encarnación, la expiación, la Justificación, la regeneración: ¿qué son todas estas cosas sino acciones divinas preparatorias de la obra de invadir y del acto de habitar en el alma humana redimida? El hombre, que salió del corazón de Dios por el pecado, vuelve ahora al corazón de Dios por la redención. Dios, que salió del corazón del hombre por causa del pecado, entra otra vez en su antigua morada para expulsar a sus enemigos y para volver a hacer glorioso de nuevo el estrado de sus pies.

Aquel fuego visible en el día de Pentecostés tuvo para la Iglesia una significación tierna y profunda, porque proclamó a todas las edades que aquellos sobre los que se posó eran hombres y mujeres separados; eran «criaturas del fuego» tan ciertamente como lo eran las que vio Ezequiel en su visión junto al río Quebar. La marca del fuego era la señal de la divinidad. Los que la recibían eran para siempre un pueblo peculiar, hijos e hijas de la Llama.

Uno de los golpes más señalados que el enemigo jamás dio contra la vida de la Iglesia fue el de crear en ella un temor al Espíritu Santo. Nadie que se mezcle con los cristianos en nuestros tiempos negará que exista este temor. Pocos son los que abran sin freno todo su corazón al bendito Consolador. Ha sido y es tan mal comprendido que la mera mención de su Nombre en algunos círculos es suficiente para atemorizar a muchos y conducirlos a una actitud de resistencia. La fuente de este temor irrazonable puede ser identificada con facilidad, pero sería una tarea infructífera hacerlo aquí. Quizá podamos ayudar a destruir el poder de este temor sobre nosotros si examinamos este fuego que es el símbolo de la Persona y Presencia del Espíritu.

El Espíritu Santo es ante todo *una llama moral*. No es un accidente del lenguaje que sea llamado el Espíritu *Santo*, porque sea lo que sea que la palabra *santo* pueda significar además, conlleva indudablemente la idea de pureza moral. Y el Espíritu, siendo Dios, tiene que ser absoluta e infinitamente puro. En Él no hay (como en los hombres sí) grados y etapas de santidad. Él es la santidad misma, la suma y esencia de todo lo que es inenarrablemente puro.

Nadie que haya tenido los sentidos ejercitados en el conocimiento del bien y del mal puede dejar de dolerse por el espectáculo de almas celosas que tratan de ser llenas del Espíritu Santo mientras que viven aún en un estado de negligencia moral o bordeando el pecado. Ello constituye una contradicción moral. Todo el que quiera ser llenado y habitado por el Espíritu debe primero' juzgar en su vida todas las iniquidades ocultas; debiera expulsar valientemente de su corazón todo aquello que está en desacuerdo con el carácter de Dios tal como está revelado por las Sagradas Escrituras.

En la base de toda verdadera experiencia cristiana debe encontrarse una moralidad sana y fuerte. No hay gozos válidos ni deleites legítimos donde se permita el pecado en la vida o en la conducta. No puede osarse justificar ninguna transgresión de la pura rectitud sobre la base de una experiencia religiosa superior. La búsqueda de estados emocionales extáticos mientras se vive en pecado lleva a echar toda la vida abierta al autoengaño y al juicio de Dios. «Sed santos» no es un mero lema para ser enmarcado y colgado de la pared. Es un serio mandamiento del Señor de toda la tierra. «Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Que vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza» (Santiago 4:8-9). El verdadero ideal cristiano no es el de ser feliz, sino el de ser santo. Sólo el corazón santo puede ser morada del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es asimismo una *llama espiritual*. Sólo Él puede elevar nuestra adoración a niveles verdaderamente espirituales. Porque más valdrá que sepamos de una vez por todas que ni la moralidad ni la ética, por sublimes que sean, llegan a ser cristianismo. La fe de Cristo emprende el levantar el alma a una comunión real con Dios, a introducir en nuestras experiencias religiosas un elemento superracional tan por encima de la mera bondad como los cielos están sobre la tierra. La venida del Espíritu trajo al libro de los Hechos esta misma cualidad de supramundanalidad, esta misteriosa elevación de tono que no se encuentra en una intensidad tan elevada ni siquiera en los Evangelios. La clave del libro de los Hechos es decididamente la mayor. No hay en este libro ni una traza de tristeza de ser creado, ninguna frustración permanente, ningún temblor de incertidumbre. El talante es celestial. Se encuentra ahí un espíritu de victoria que nunca podría ser resultado de una mera

creencia religiosa. El gozo de los primeros cristianos no era el gozo de la lógica que parte de hechos. No razonaron: «Cristo ha resucitado de los muertos; por ello debemos estar gozosos.» El gozo de ellos fue un milagro tan grande como la misma resurrección. En verdad ambas cosas estaban y están relacionadas orgánicamente. La dicha moral del Creador había venido a residir en los pechos de criaturas redimidas, y no podían dejar de ser felices.

La llama del Espíritu es asimismo *intelectual*. La razón, dicen los teólogos, es uno de los atributos divinos. No hay ninguna incompatibilidad necesaria entre las más profundas experiencias del Espíritu y los más sublimes logros del intelecto humano. *Sólo se demanda que el Intelecto cristiano sea rendido enteramente a Dios, y no es preciso que haya ninguna limitación a sus actividades* más allá de las impuestas por su propia fuerza y tamaño. ¡Cuán frío y mortífero es el intelecto no bendecido! Un cerebro superior sin la esencia salvadora de la piedad puede volverse en contra de la raza humana y ahogar el mundo en sangre, o, peor, puede desencadenar ideas sobre la tierra que seguirán maldiciendo a la humanidad durante siglos después que él se haya vuelto a convertir en polvo. Pero una mente llena del Espíritu es un gozo para Dios y un deleite para todos los hombres de buena voluntad. ¡Qué gran pérdida habría sufrido el mundo si se hubiera privado de la mente llena de amor de un David, de un Juan o de un Isaac Watts!

Naturalmente, rehuimos los superlativos y las comparaciones que encomian una virtud a expensas de otra; sin embargo, me pregunto si hay algo en la tierra tan exquisitamente encantador como una mente brillante encendida con el amor de Dios. Una mente así despide un haz gentil y sanador que puede ser realmente *sentido* por los que están próximos a él. De ella sale virtud y bendice a los que meramente tocan el borde de su manto. Sólo tiene que leerse, por ejemplo, *El país celestial* de Bernardo de Cluny, para comprender qué quiero decir. Ahí un intelecto sensible y resplandeciente, cálido con el fuego del Espíritu habitante en él, con una inmensa y tierna simpatía, escribe acerca de aquellos anhelos por la inmortalidad que han morado profundamente en el pecho humano desde que el primer hombre se arrodilló sobre la tierra de cuyo seno había venido, y a cuyo seno tiene pronto que volver. Con dificultad se encuentra algo igual en la literatura no inspirada en cuanto a sublimidad de concepto, de sin par triunfo del espíritu cristiano

sobre la mortalidad, de la capacidad de reposo del alma y de elevar la mente a una adoración arrebatada. Propongo como mi humilde opinión que este solo himno puede haber ministrado más virtud sanadora a espíritus angustiados que todos los escritos de los poetas y filósofos seculares desde la invención del arte de la escritura. Ningún intelecto no bendecido, por seguro de su genio que fuera, podría ser ni remotamente capaz de producir tal obra. Uno cierra el libro, una vez leído, con la sensación, más aún, con la solemne convicción, de haber oído la voz de los querubines y el son de los arpistas tañendo junto al mar de Dios.

Esta misma sensación de cuasiinspiración se experimenta también en las cartas de Samuel Rutherford, en el *Te Deum*, en muchos de los himnos de Watts y de Wesley, y ocasionalmente en una obra de algún santo menos conocido cuyos dones limitados puedan haber sido llevados a la incandescencia durante un gozoso momento por el fuego del Espíritu morando en él.

La mortífera plaga en el corazón del fariseo en los tiempos antiguos fue doctrina sin amor. Cristo tenía pocas cosas en contra de las enseñanzas de los fariseos, pero contra el espíritu farisaico libró una incesante guerra hasta el fin. Fue la religión lo que puso a Cristo en aquella cruz, la religión sin el Espíritu habitando en ella. De nada vale negar que Cristo fue crucificado por personas que hoy en día serían llamadas fundamenta-listas. Esto debiera resultar de lo más inquietante, si no totalmente angustiioso, para los que nos preciamos de nuestra ortodoxia. Un alma no bendecida llena de la letra de la verdad puede llegar a ser realmente peor que un pagano arrodillado ante un fetiche. Sólo estamos a salvo cuando el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, sólo cuando nuestros intelectos están ocupados por el amante Fuego que vino en Pentecostés. Porque el Espíritu Santo no es un lujo, no es algo añadido una y otra vez para producir un tipo lujoso de cristiano una vez por generación. No, Él es una necesidad vital para cada hijo de Dios, y que Él llene y habite en su pueblo es algo más que una lánguida esperanza: se trata más bien de un imperativo al que no podemos escapar.

El Espíritu es asimismo una *llama volitiva*. Aquí, como en todas partes, la Imaginería es inadecuada para expresar toda la verdad, y a no ser que tengamos cuidado podemos fácilmente

tener una impresión errónea en base a su empleo. Porque el fuego, tal como lo vemos y conocemos cada día, es una cosa, no una persona, y por esta razón no tiene voluntad propia. Pero el Espíritu Santo es una Persona, poseyendo los atributos de personalidad de los que la volición es uno. Él, al entrar en el alma humana, no se vacía de ninguno de sus atributos, ni los rinde en parte ni en todo al alma en la que entra. Recordemos que el Espíritu Santo es Señor. «Ahora bien, el Señor es el Espíritu», dijo Pablo a los corintios. El Credo Niceno dice: «Y creo en el Espíritu Santo, el Señor y Dador de la vida»: y el Credo Atanasiano declara: «De esta misma manera el Padre es Señor, el Hijo es Señor, y el Espíritu Santo es Señor. Y sin embargo no son tres Señores, sino un Señor.» Sean cuales sean los problemas que esto constituya para el entendimiento, nuestra fe debe aceptarlo y hacer de ello parte de nuestra creencia entera acerca de Dios y del Espíritu. Ahora bien, apenas será necesario decir que el Señor Soberano Jamás abandonará las prerrogativas de su Deidad. Esté donde esté. Él debe proseguir actuando como Él es. Cuando entra en el corazón humano, será allí lo que siempre ha sido: Señor por su propio derecho.

La profunda enfermedad del corazón humano es una voluntad desgajada de su centro, como un planeta que ha abandonado su sol central y ha comenzado a girar alrededor de un cuerpo extraño procedente del espacio exterior que se ha Introducido hasta llegar a estar suficientemente cerca para arrastrarlo tras sí. Cuando Satanás dijo: «Esto quiero yo», se desgajó de su centro normal, y la enfermedad con la que él ha infectado a la raza humana es la enfermedad de la desobediencia y de la revuelta. Cualquier esquema adecuado de redención debe tener en cuenta esta revuelta y debe emprender la restauración de la voluntad humana a su lugar propio en la voluntad de Dios. De acuerdo con esta necesidad subyacente de la curación del yo, el Espíritu Santo, cuando hace su invasión llena de gracia del corazón creyente, debe ganarse aquel corazón a una obediencia feliz y voluntaria a toda la voluntad de Dios. La cura debe tener lugar desde el interior; de nada servirá una conformidad exterior. Hasta que la voluntad no queda santificada, el hombre sigue siendo un rebelde, lo mismo que un delincuente sigue siendo un delincuente de corazón, aunque dé una obediencia forzada al comisario que lo lleva a la cárcel.

Querer la voluntad de Dios es hacer más que dar un consentimiento al mismo sin protestar; se trata más bien de escoger la voluntad de Dios con una determinación positiva. Al avanzar la obra de Dios, el cristiano se encuentra libre para escoger lo que quiera, y dichoso escoge la voluntad de Dios como el más alto bien que pueda concebir. Este hombre ha alcanzado la más sublime meta de la vida. Ha sido puesto más allá de las pequeñas frustraciones que azotan al resto de los hombres. Todo lo que le suceda es la voluntad de Dios para él. y esto es precisamente lo que anhela más ardientemente. Pero es sólo Justo exponer que esta condición no es alcanzada por muchos de los ocupados cristianos de nuestra agobiante época. Pero hasta que no se llegue a esto la paz del cristiano no puede quedar consumada. Tiene que existir aún una cierta controversia interior, una sensación de agitación espiritual que envenena nuestro gozo y que reduce enormemente nuestro poder.

Otra cualidad del Fuego que mora dentro es la *emoción*. Esto tiene que entenderse a la luz de lo que se ha dicho antes acerca de la inescrutabilidad divina. Lo que Dios es en su esencia singular no puede ser descubierto por la mente ni pronunciado por los labios, pero aquellas cualidades en Dios que pueden ser denominadas racionales, y por ello recibidas por el intelecto, han sido abiertamente expuestas en las Sagradas Escrituras. No nos dicen lo que Dios es, pero nos dicen cómo es, y la suma de estas cualidades constituye una imagen mental del Ser Divino visto como desde lejos y a través de un espejo, oscuramente.

Ahora bien, la Biblia nos enseña que hay algo en Dios como la emoción. Él experimenta algo que es como nuestro amor, algo que es como nuestro dolor, algo que es como nuestro gozo. Y no tenemos por qué temer en seguir con esta concepción de cómo es Dios. La fe aceptaría fácilmente la inferencia de que por cuanto hemos sido hechos a su imagen. Él debe tener cualidades como las nuestras. Pero esta inferencia, aunque satisfactoria para la mente, no es la base de nuestra creencia. *Dios ha dicho ciertas cosas acerca de sí mismo, y éstas nos son toda la base que necesitamos.* «Jehová está en medio de ti, como poderoso salvador; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos» (Sofonías 3:17). Éste es solamente un versículo entre miles que sirven para formar nuestra Imagen racional de cómo es Dios, y nos dicen claramente que Dios siente algo como nuestro amor, como

nuestro gozo, y lo que Él siente le lleva a actuar de una manera muy semejante a la nuestra en una situación similar: Él se regocija sobre sus amados con alegría y cántico.

Aquí tenemos la emoción en un plano tan sublime como el que pueda Jamás verse, emoción brotando del corazón del mismo Dios. El sentimiento, por tanto, no es el hijo degenerado de la incredulidad, como frecuentemente es presentado por algunos de nuestros maestros bíblicos. Nuestra capacidad de sentir es una de las marcas de nuestro origen divino. No tenemos por qué sentimos avergonzados ni por las lágrimas ni por la risa. El estoico cristiano que ha aplastado sus sentimientos tiene sólo dos terceras partes de hombre: ha repudiado una importante tercera parte.

El sentimiento santo tuvo un puesto importante en la vida de nuestro Señor. «Por el gozo puesto delante de él» soportó la cruz y menospreció su oprobio. Él se representó a sí mismo clamando: «Gózaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.» En la noche de su agonía cantó un himno antes de partir para el monte de los Olivos. Después de su resurrección, cantó entre sus hermanos en la gran congregación (Sal. 22:22). Y si el Cantar de los Cantares se refiere a Cristo (como lo cree la mayoría de los cristianos), ¿cómo podemos, entonces, perdernos el son de su alegría al traer a su novia al hogar después que la noche ha terminado y que las sombras se han desvanecido?

Una de las más enormes calamidades que el pecado ha atraído sobre nosotros es la degeneración de nuestras emociones normales. Nos reímos de cosas que no son divertidas; hallamos placer en actos que están por debajo de nuestra dignidad humana; y nos regocijamos en objetos que no debieran tener lugar en nuestros afectos. La objeción a los «placeres pecaminosos», que ha sido siempre característica del verdadero santo, es en el fondo sencillamente una protesta contra la degradación de nuestras emociones humanas. Que, por ejemplo, se permita que el juego absorba los intereses de hombres hechos a imagen de Dios parece una horrible perversión de sus nobles poderes; que se precise del alcohol para estimular la sensación de placer parece como una especie de prostitución; que los hombres se tengan que dirigir al teatro de factura humana para disfrutar parece una afrenta al Dios que nos ha situado en medio de un universo cargado de sublime acción

dramática. Los placeres artificiales del mundo constituyen simplemente una evidencia de que la raza humana ha perdido en gran medida su capacidad de gozar de los verdaderos placeres de la vida, y que se ve forzada a poner en su lugar diversiones falsas y degradantes.

La obra del Espíritu Santo es la de, entre otras cosas, rescatar las emociones del hombre redimido, volver a poner las cuerdas en su arpa, y reabrir los pozos de sagrado gozo que han quedado tapados por el pecado. Que así lo hace Él es el testimonio unánime de los santos. Y ello no es incongruente con todos los caminos de Dios en su creación. El placer puro forma parte de la vida, y una parte tan importante que es difícil ver cómo se podría Justificar la vida humana si tuviera que consistir en una existencia sin fin desprovista de sensaciones placenteras.

El Espíritu Santo querría poner un arpa eólica en la ventana de nuestras almas para que los vientos del cielo toquen una suave melodía para un acompañamiento musical de la más humilde tarea que seamos llamados a efectuar. El amor espiritual de Cristo hará una música constante dentro de nuestros corazones, y nos habilitará para regocijarnos incluso en medio de nuestros dolores.

9

Por qué el mundo no puede recibir

El Espíritu de la verdad, al cual el mundo no puede recibir.

Juan 14:17

LA FE CRISTIANA, basada en el Nuevo Testamento, enseña una total antítesis entre la Iglesia y el mundo. He observado esto brevemente en un capítulo anterior, pero la cuestión es de tal importancia para el alma indagadora que creo que debo entrar en todo ello a mayor abundamiento.

Es tan sólo un lugar común decir que el problema que tenemos entre nosotros hoy día es que hemos intentado cubrir un abismo entre dos polos opuestos, el mundo y la Iglesia, y que hemos celebrado un matrimonio ilícito para el que no hay sanción bíblica. En realidad no es posible una verdadera unión entre el mundo y la Iglesia. Cuando la Iglesia se une al mundo deja de ser la verdadera Iglesia y se convierte en una cosa lastimosa e híbrida, objeto de un menosprecio lleno de escarnio para el mundo, y una abominación para el Señor.

La luz mortecina en la que caminan hoy muchos (¿o debiéramos decir la mayor *parte*?) de los creyentes no está causada por ninguna vaguedad por parte de la Biblia. Nada podría estar más claro que los pronunciamientos de las Escrituras acerca de la relación del cristiano con el mundo. La confusión que existe acerca de esta cuestión proviene de la mala disposición de profetas cristianos a tomarse en serio la Palabra del Señor. La cristiandad está tan involucrada en el mundo que millones de personas ni sospechan lo radicalmente apartadas que están del modelo del Nuevo Testamento. En todas partes se contemporiza. El mundo es blanqueado lo suficiente para poder pasar la inspección de unos ciegos que pasan por creyentes, aquellos mismos creyentes que están constantemente tratando de lograr la aceptación del mundo. Mediante concesiones mutuas, personas que se autodenominan cristianas logran mantener buena armonía con hombres que no tienen para las cosas de Dios más que un silencioso menosprecio.

Todo esto es de esencia espiritual. Un cristiano es lo que es no por una manipulación eclesiástica sino por el nuevo nacimiento. Es cristiano debido al Espíritu que mora en él. Sólo lo que es nacido del Espíritu es espíritu. La carne Jamás puede ser convertida en espíritu, por muchos que sean los dignatarios eclesiásticos dedicados a ello. La confirmación, el bautismo, la santa comunión, la confesión de fe: ninguna de estas cosas, ni todas ellas Juntas, pueden transformar la carne en espíritu ni hacer de un hijo de Adán un hijo de Dios. «Por cuanto sois hijos», escribió Pablo a los gálatas. «Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!» Y a los corintios les escribió: «Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe: probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis bien a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros? A menos que estéis reprobados.» Y a los romanos: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Dios, el tal no es de él» (RV).

Esta terrible zona de confusión tan evidente en la vida entera de la comunidad cristiana podría quedar aclarada en un día si los seguidores de Cristo comenzaran a seguir a Cristo en lugar de seguirse el uno al otro. Porque nuestro Dios estuvo muy claro en su enseñanza acerca del creyente y del mundo.

En una ocasión, después de recibir un consejo carnal y no solicitado de parte de sinceros pero no iluminados hermanos, nuestro Señor contestó: «Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto. No puede el mundo aborreceros a vosotros: mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él. que sus obras son malas.» Él identificó a sus hermanos según la carne con el mundo, y dijo que ellos y Él pertenecían a dos espíritus diferentes. El mundo le aborrecía a Él, pero no podía aborrecerlos a ellos porque no podía aborrecerse a sí mismo. Una casa dividida contra sí misma no puede permanecer. La casa de Adán tiene que permanecer leal a sí misma, o se destruirá por sí misma. Aunque los hijos de la carne puedan tener pendencias entre sí, en el fondo están identificados. Es cuando viene el Espíritu de Dios que se introduce un elemento ajeno. «Si el mundo os aborrece», dijo el Señor a sus discípulos, «sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo: pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece». Pablo explicó a los gálatas la

diferencia entre el siervo y el Ubre: «Pero así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora» (Gálatas 4:29).

Así que por todo el Nuevo Testamento está marcada una línea de separación entre la Iglesia y el mundo. No hay terreno neutral. El Señor no reconoce ningún «acuerdo de estar en desacuerdo» de modo que los seguidores del Cordero puedan adoptar las maneras del mundo y caminar por el camino del mundo. La sima establecida entre el cristiano y el mundo es tan grande como la que separaba al rico y a Lázaro. Y, además, se trata de la misma sima, aquella que divide entre el mundo de los redimidos y el mundo de los caídos.

Sé muy bien -y soy profundamente consciente- lo ofensiva que debe ser una enseñanza así para la gran grey de mundanos que da vueltas por el redil tradicional. No tengo esperanzas de escapar de la acusación de fanatismo e intolerancia que indudablemente harán recaer sobre mí los confusos religionistas que intentan hacerse ovejas por asociación. Pero más valdrá que afrontemos la dura realidad de que nadie se convierte en cristiano por Juntarse con personas de la iglesia, ni por contacto religioso, ni por educación religiosa; se vuelven cristianos sólo por la invasión de su naturaleza por el Espíritu de Dios en el Nuevo Nacimiento. Y cuando así se vuelven cristianos son hechos de inmediato miembros de una nueva raza, «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios... los que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios: que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia* (1 Pedro 2:9-10).

En los versículos mencionados no se ha tenido ningún deseo de citar fuera de contexto ni de centrar la atención sobre una cara de la verdad para quitarla de otra. La enseñanza de estos pasajes es absolutamente la de la verdad del Nuevo Testamento. Es como si pusiéramos una vasija dentro del mar. Cuando la sacáramos, no sería toda el agua del océano, pero sería una verdadera muestra y concordaría perfectamente con el resto.

La dificultad que los cristianos modernos afrontamos no es entender mal la Biblia, sino persuadir a nuestros indómitos corazones que acepten sus llanas instrucciones. Nuestro

problema es obtener el consentimiento de nuestras mentes amantes del mundo para llegar a aceptar a Jesús como Señor en la realidad así como de palabra. Porque una cosa es decir «Señor, Señor», y otra cosa es obedecer los mandamientos del Señor. Podemos cantar: «Coronadle de todo el Señor», y regocijarnos en el potente órgano y en la profunda melodía de voces armónicas, pero no hemos hecho nada hasta que dejemos el mundo y pongamos nuestro rostro hacia la ciudad de Dios en una sustanciosa y práctica realidad. Cuando la fe se convierte en obediencia, entonces es verdadera fe.

El Espíritu del mundo es fuerte, y persiste con nosotros tanto como el olor del humo a nuestras ropas. Puede cambiar su rostro para ajustarse a cada circunstancia, y engañar así a muchos cristianos sencillos que no tienen los sentidos habituados a discernir entre el bien y el mal. Puede Jugar a la religión con toda apariencia de sinceridad. Puede tener ataques de conciencia (especialmente durante la cuaresma) e incluso confesar sus malos caminos en la prensa pública. Alabará la religión y agasajará a la Iglesia para sus propios fines. Contribuirá a causas caritativas e impulsará campañas para dar de vestir a los pobres. *Sólo que Cristo se mantenga a distancia y nunca afirme su Señorío sobre él.* Esto, desde luego, no lo soportará. Y sólo mostrará antagonismo contra el verdadero Espíritu de Cristo. La prensa del mundo (que es siempre su verdadero portavoz) pocas veces le dará al hijo de Dios un trato Justo. Si los hechos obligan a un reportaje favorable, el tono será generalmente condescendiente e irónico. La nota de menosprecio se mantiene en todo momento.

Tanto los hijos de este mundo como los hijos de Dios han sido bautizados en un espíritu, pero el espíritu de este mundo y el Espíritu que mora en los corazones de los que han recibido el segundo nacimiento están tan separados como el cielo y el infierno. No sólo son totalmente opuestos entre sí, sino que también son encarnizadamente antagónicos el uno al otro. Para un hijo de la tierra las cosas del Espíritu son o bien ridículas, en cuyo caso se siente divertido, o carentes de significado, en cuyo caso se aburre. «Pero el hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se han de discernir espiritualmente.»

En la Primera Epístola de Juan se usan dos palabras una y otra vez: las palabras ellos y vosotros, y designan dos mundos

diferentes. *Ellos* se refiere a los hombres y mujeres del mundo caído de Adán; *vosotros* se refiere a los escogidos que lo han dejado todo para seguir a Cristo. El apóstol no dobla la rodilla al diosillo Tolerancia (cuyo culto ha llegado a ser en América una especie de religión superficial secundaria); es clara-merite intolerante. Sabe que la tolerancia puede ser simplemente otro nombre para la indiferencia. Se precisa de una fe vigorosa para aceptar la enseñanza de aquel hombre llamado Juan. Es tanto más fácil emborronar las líneas de la separación y de esta manera no ofender a nadie. Las generalidades piadosas y el empleo del *nosotros* para referirse tanto a los cristianos comió a los incrédulos es cosa mucho más cómoda. La paternidad de Dios puede estirarse hasta incluir a todos,, desde Jack el Destripador hasta el profeta Daniel. Así nadie es ofendido y todos se sienten bien acogidos y listos para el cielo. Pero el hombre que apoyó su oído Junto al seno de Jesús no fue así de fácilmente engañado. Él fijó una línea para dividir a la raza de los horribles en dos campos, para separar a los salvos de los perdidos, a los que se levantarán para recibir recompensa eterna de los que se hundirán en una desesperanza final. A un lado están *ellos*, los que no conocen a Dios; al otro estáis *vosotros* (o, con un cambio de persona, *nosotros*), y entre ambos está puesta una sima demasiado ancha para que nadie la pueda cruzar.

Aquí tenemos la manera en que Juan lo expone: «Hijitos, vosotros procedéis de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan como del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.» Un lenguaje así es demasiado claro para que pueda llevar a confusión a nadie que honradamente quiera conocer la verdad. Nuestro problema, insisto, no es de comprensión, sino de fe y de obediencia. La cuestión no es de cariz teológico: ¿qué es lo que esto nos enseña?, sino moral: ¿estoy dispuesto a aceptarlo y a mantenerme en sus consecuencias? ¿Puedo soportar la mirada fría de los demás? ¿Tengo el valor de resistir el ataque mordaz del «liberal»? ¿Osaré atraerme el odio de los hombres que se sentirán afrentados por mi actitud? ¿Tengo la suficiente independencia mental para desafiar las opiniones de la religión popular y seguir al apóstol? O, concisamente, ¿puedo tomar la cruz con su sangre y su vituperio?

El cristiano es llamado a separarse del mundo, pero es importante que sepamos qué es lo que significamos (o más importante, lo que Dios significa) por el *mundo*. Tenemos propensión a atribuir al término un sentido externo y a perder así su verdadero sentido. El teatro, las cartas, el licor, el Juego; todo esto no es el mundo; se trata meramente de una manifestación externa del mundo. Nuestra guerra no es en contra de las meras formas del mundo, sino en contra del *espíritu* del mundo. Porque el hombre, sea salvo o perdido, es esencialmente espíritu. El mundo, en el significado que tiene en el Nuevo Testamento, es simplemente la naturaleza humana irregenerada allí donde se encuentre, sea en una taberna, sea en una iglesia. Todo lo que surja de ella, se erija sobre ella o reciba su apoyo de la naturaleza humana caída es el mundo, sea que se trate de algo moralmente reprobable o moralmente respetable. Los antiguos fariseos, a pesar de su celo devoto por la religión, eran de la misma esencia del mundo. Los principios espirituales sobre los que erigieron su sistema fueron tomados no de arriba sino de abajo. Emplearon contra Jesús las tácticas de los hombres. Sobornaron a hombres para que contaran mentiras en defensa de la verdad. Para defender a Dios actuaron como demonios. Para apoyar la Biblia desafiaron las enseñanzas de la Biblia. Desfundaron la religión para salvar la religión. Dieron rienda suelta a un odio ciego en nombre de la religión del amor. Ahí vemos al mundo en todo su hosco desafío contra Dios. Tan feroz era este espíritu que no halló reposo hasta haber dado muerte al mismo Hijo de Dios. El espíritu de los fariseos era activa y maliciosamente opuesto al Espíritu de Jesús, siendo cada uno una especie de destilado de los dos mundos de los que procedían.

Los actuales maestros que sitúan al Sermón del Monte en alguna otra dispensación que ésta, y que con ello liberan a la Iglesia de sus enseñanzas, se dan poca cuenta del mal que hacen. Porque el Sermón del Monte da sumariamente las características del Reino de hombres renovados. Los bienaventurados pobres que lamentan sus pecados y que están sedientos de justicia son verdaderos hijos del Reino. En mansedumbre muestran misericordia a sus enemigos: con un candor sin malicia miran a Dios; rodeados de perseguidores, bendicen y no maldicen. En su modestia ocultan sus buenas obras. Se esfuerzan más allá de sus fuerzas en concordar con sus adversarios y en perdonar a los que pecan contra ellos. Sirven a Dios en secreto en lo más hondo de sus corazones y

esperan con paciencia la pública recompensa de parte de Dios. Se privan bien dispuestos de sus bienes terrenales antes que usar de violencia para protegerlos. Guardan sus tesoros en el cielo. Evitan los encomios y esperan el día de la final valoración para aprender quién es el mayor en el Reino de los cielos.

Si ésta es una perspectiva exacta de las cosas, ¿qué diremos cuando los cristianos luchan entre sí por un puesto y una posición? ¿Qué podemos responder cuando los vemos buscar anhelantes el encomio y el honor? ¿Cómo podemos excusar aquella pasión por la publicidad que es tan claramente evidente entre los líderes cristianos? ¿Qué de la ambición política en los círculos eclesiales? ¿Qué de la enfebrecida palma que se extiende pidiendo más y mayores «ofrendas de amor»? ¿Qué del desvergonzado egocentrismo entre los cristianos? ¿Cómo podemos explicar el burdo culto al hombre que generalmente hincha a uno o a otro líder popular hasta el tamaño de un coloso? ¿Qué del obsequioso besamanos de que se hace objeto a los ricos por parte de aquellos que pretenden ser sanos predicadores del evangelio?

Sólo hay una respuesta a esta pregunta. Se trata simplemente de que en estas manifestaciones vemos al mundo, y nada más que al mundo. Ninguna apasionada profesión de amor por las «almas» puede cambiar el mal en bien. Éstos son precisamente aquellos pecados que crucificaron a Jesús.

Es cierto también que las más burdas manifestaciones de la naturaleza humana caída constituyen parte del reino de este mundo. Las diversiones organizadas con sus énfasis en placeres superficiales, los grandes imperios contruidos sobre hábitos viciosos e innaturales, el abuso irrefrenado de los apetitos normales, el mundo artificial llamado «la alta sociedad». Todo esto es del mundo. Todo ello forma parte de lo que es carne, que construye sobre la carne y que con la carne perecerá. Y el cristiano debe huir de estas cosas. Todo esto debe ponerlo detrás de sí y no debe tener parte alguna en ello. Tiene que mantenerse quieto pero firmemente sin componendas y sin temor.

Así, tanto si el mundo se presenta en sus aspectos más repelentes como en sus formas más sutiles y refinadas, debemos reconocerlo por lo que es y repudiarlo firmemente. *Debemos* hacerlo si queremos andar en nuestra generación

como lo hizo Enoc en la suya. Es imperativo que se rompa limpiamente con el mundo. «Adúlteros y adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4:4). «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, la codicia de los ojos, y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:15-16). Estas palabras de Dios no nos son dadas para nuestra consideración, sino para nuestra obediencia, y no tenemos derecho alguno a pretender el título de cristiano excepto si las seguimos.

Por lo que a mí respecta, temo a cualquier tipo de movimiento religioso entre los cristianos que no lleve al arrepentimiento y que resulte en una definida separación del creyente del mundo. Siento sospechas acerca de cualquier esfuerzo organizado de avivamiento que se vea obligado a diluir las estrictas condiciones del Reino. No importa lo atractivo que pueda parecer el movimiento: si no se basa en la rectitud y se alimenta en la humildad, no es de Dios. Si explota la carne, es un fraude religioso, y no debiera tener apoyo alguno por parte de ningún cristiano temeroso de Dios. Sólo es de Dios aquello que honra al Espíritu y que prospera a expensas del ego humano. «Para que, tal como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.»

10

La vida llena del Espíritu

Sed llenos del Espíritu.
Efesios 5:18

DIFÍCILMENTE PODRÍA PARECER cuestión a discutir el hecho de que cada cristiano puede y debería ser lleno del Espíritu Santo. Pero algunos argüirán que el Espíritu Santo no es para el común de los cristianos, sino sólo para los ministros y misioneros. Otros mantienen que la medida del Espíritu recibida en la regeneración es idéntica a la recibida por los discípulos en Pentecostés, y que cualquier esperanza de una plenitud adicional después de la conversión se basa simplemente en el error. Unos pocos expresarán una lánguida esperanza de que algún día puedan ser llenados, y aun otros evitarán la cuestión como una acerca de la que conocen bien poco y que sólo podría causarles embarazo.

Quiero aquí declarar osadamente que es mi feliz creencia que cada cristiano puede tener un copioso derramamiento del Espíritu Santo en una medida mucho más allá de la recibida en la conversión, y podría decir también que mucho más allá de la recibida por el común de los creyentes ortodoxos en la actualidad. Es importante que aclaremos esto, porque la fe es imposible hasta que las dudas sean eliminadas. A un corazón que duda, Dios no lo sorprenderá con una efusión del Espíritu Santo, ni llenará a nadie que ponga en tela de juicio la posibilidad de ser llenado.

A fin de eliminar dudas y de crear una expectativa confiada, recomiendo un estudio reverente de la misma Palabra de Dios. Estoy dispuesto a descansar mi causa en las enseñanzas del Nuevo Testamento. Si un examen cuidadoso y humilde de las palabras de Cristo y de sus apóstoles no nos conduce a creer que podemos ser llenos ahora con el Espíritu Santo, no veo entonces razón alguna para buscar en ningún otro lugar. Porque poco importa lo que hayan dicho éste o aquel maestro religioso en favor o en contra de la proposición. Si la doctrina no se enseña en las Escrituras, no puede entonces ser sustentada por

medio de ningún argumento, y todas las exhortaciones que se puedan presentar carecen totalmente de valor.

No presentaré aquí un alegato en favor de la afirmativa. Que el indagador examine la evidencia por sí mismo, y si decide que no hay Justificación en el Nuevo Testamento para creer que puede ser lleno del Espíritu, que cierre este libro y se ahorre la molestia de seguir leyendo. Lo que digo de aquí en adelante se dirige a aquellos hombres y mujeres que han salido de dudas y que están confiados en que cuando afronten las condiciones pueden realmente ser llenos del Espíritu Santo.

Antes que alguien pueda ser llenado por el Espíritu *debe estar seguro que quiere estarlo*. Y esto se debe tomar en serio. Muchos cristianos quieren ser llenados, pero el deseo de ellos es de un tipo vago y romántico que apenas si merece ser llamado deseo. Casi no tienen ningún conocimiento de lo que les costará el obtenerlo.

Imaginemos que estamos hablando con un indagador, un Joven y anhelante cristiano, digamos, que nos ha buscado para aprender acerca de la vida llena del Espíritu. De una manera tan gentil como sea posible, considerando la naturaleza directa de las preguntas, sondearíamos su alma de una manera más o menos así: «¿Estás seguro de que quieres ser lleno de un Espíritu que, aunque es como Jesús en su gentileza y amor, exigirá no obstante ser el Señor de tu vida? ¿Estás dispuesto a que tu personalidad sea tomada por otro, aunque se trate del mismo Espíritu de Dios? Si el Espíritu toma tu vida a su cargo, esperará de ti una obediencia total en todo. No tolerará en ti los pecados del yo, aunque sean permitidos y excusados por la mayoría de los cristianos. Por pecados del yo me refiero al amor propio, a la autocompasión. a buscar lo propio, a la autoconfianza, a la Justicia propia, al engrandecimiento propio, a la autodefensa. Descubrirás que el Espíritu está en acusada oposición a los caminos fáciles del mundo y de la multitud mezclada dentro de los recintos de la religión. Será celoso sobre ti para bien. No te permitirá que te Jactes, que te magnifiques o que te exhibas. Tomará la dirección de tu vida alejándote de ti. Se reservará el derecho de ponerte a prueba, de disciplinarte, de azotarte por causa de tu alma. Puede que te prive de muchos de aquellos placeres fronterizos que otros cristianos disfrutaban pero que para ti son una fuente de refinado mal. En todo ello, te envolverá Él en un amor tan vasto, tan poderoso, tan inclusivo, tan

maravilloso, que tus mismas pérdidas te parecerán ganancias, y tus pequeños dolores como placeres. Pero la carne gemirá bajo su yugo y clamará en contra de ello como una carga demasiado pesada para ser llevada. Y se te permitirá gozar del solemne privilegio del sufrimiento para completar «lo que falta de las aflicciones de Cristo» en tu carne por causa de su cuerpo, que es la Iglesia. Ahora bien, con estas condiciones ante ti, ¿sigues queriendo estar lleno del Espíritu Santo?»

Si esto parece severo, recordemos que el camino de la cruz nunca es fácil. El brillo y oropel que acompañan a los movimientos religiosos populares son tan falsos como el resplandor en las alas del ángel de las tinieblas cuando por un momento se transforma en ángel de luz. La timidez espiritual que teme mostrar la cruz en su verdadero carácter no debe ser excusada con ningún tipo de razones. Puede resultar sólo en frustración y tragedia como fin.

Antes que podamos ser llenos con el Espíritu, *el deseo de ser llenado debe ser consumidor*. Debe ser en aquel momento lo más grande en la vida, algo tan agudo, tan intrusivo, que no deje lugar a nada más. El grado de plenitud en cualquier vida concuerda perfectamente con la intensidad del verdadero deseo. Tenemos tanto de Dios como realmente queremos. Un gran estorbo para la vida llena del Espíritu es la teología de la autocomplacencia, tan extensamente aceptada entre los cristianos evangélicos en la actualidad. Según este punto de vista, un deseo agudo es una evidencia de incredulidad y una prueba del desconocimiento de las Escrituras. Una refutación suficiente de esta postura la dan la misma Palabra de Dios y el hecho de que siempre fracasa en producir verdadera santidad entre los que la mantienen.

Luego, dudo acerca de si alguien recibió Jamás el aflujo divino que aquí nos ocupa, si no experimentó *al principio un período de profunda ansiedad y de agitación interior*. La satisfacción religiosa es siempre enemiga de la vida espiritual. Las biografías de los santos enseñan que el camino a la grandeza espiritual ha sido alcanzado siempre por medio de mucho sufrimiento y dolor interior. La frase «el camino de la cruz», aunque ha llegado a denotar en algunos círculos algo muy hermoso e incluso placentero, sigue significando para el verdadero cristiano lo que siempre ha significado: el camino del rechazamiento y de la

pérdida. Nadie Jamás gozó una cruz, así como nadie Jamás gozó una horca.

El cristiano que busca cosas mejores y que para su consternación se ha encontrado en un estado de total desesperanza en cuanto a si mismo no tiene por qué desalentarse. La desesperanza del yo, cuando va acompañada de fe, es una buena amiga, porque destruye uno de los más poderosos enemigos y prepara al alma para la ministración del Consolador. Un sentimiento de una absoluta vaciedad, de desaliento y de tiniebla puede (si estamos alerta y conocedores de lo que está sucediendo) ser la sombra en el valle de sombras que conduce a aquellos campos feraces que se encuentran después de él. Si lo entendemos mal y nos resistimos a la visitación de Dios, podemos perdernos totalmente cada uno de los beneficios que tiene en mente un bondadoso Padre celestial para nosotros. SI cooperamos con Dios, Él quitará los consuelos naturales que nos han servido como madre, y que durante tanto tiempo nos han sido nuestro sustento, y nos pondrá allí donde no podemos recibir ayuda alguna excepto la del mismo Consolador. Nos quitará aquella cosa falsa que los chinos llaman «rostro» y nos mostrará lo penosamente pequeños que somos. Cuando haya acabado su obra en nosotros, sabremos lo que quería decir el Señor cuando dijo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu.»

Está seguro, sin embargo, que en esta penosa disciplina no seremos abandonados por nuestro Dios. Él nunca nos dejará ni nos abandonará, ni se irritará contra nosotros ni nos reprenderá. Él no quebrantará su pacto ni mudará lo que ha salido de su boca. Él nos guardará como la niña de su ojo y vigilará sobre nosotros como una madre vigila sobre su hijo. Su amor no fallará ni siquiera cuando nos lleve a través de esta experiencia de autocrucifixión, tan real y tan terrible, que sólo podamos expresarla clamando: « ¡Dios mío. Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

Ahora bien, pongamos en claro nuestra teología acerca de todo esto. No hay en todo este penoso desnudamiento ni el más remoto concepto de mérito humano. La «oscura noche del alma» no conoce ni un solo tenue rayo de la traicionera luz de la pretensión de Justicia propia. No es mediante el sufrimiento que ganamos la unción que anhelamos, ni nos hace más queridos para Dios esta devastación del alma, ni nos da favor adicional

ante sus ojos. El valor de la experiencia del desnudamiento reside en su poder de desligarnos de los intereses pasajeros de la vida y de ponernos de cara a la eternidad. Sirve para vaciar nuestros vasos terrenales y para prepararnos para la llenura del Espíritu Santo.

La llenura del Espíritu, así, demanda que entreguemos nuestro todo, que suframos una muerte Interior, que libremos nuestros corazones de la acumulación de siglos de basura adánica y que abramos todas nuestras estancias al Huésped celestial.

El Espíritu Santo es una Persona viviente y debería ser tratado como tal Persona. Jamás debemos pensar en Él como una energía ciega ni como una fuerza impersonal. Él escucha y ve y siente lo mismo que cualquier otra persona. Habla y nos oye hablar. Podemos complacerle o agraviarle o silenciarle lo mismo que a otra persona. Él responderá a nuestro tímido esfuerzo por conocerle y siempre nos encontrará a mitad del camino.

Por maravillosa que sea la experiencia de crisis de ser llenado con el Espíritu, debiéramos recordar que se trata sólo de un medio para algo mayor: esta cosa mayor es el caminar toda la vida en el Espíritu, habitados, dirigidos, enseñados y energizados por su poderosa Persona. Y la continuidad de este andar en el Espíritu demanda el cumplimiento de ciertas condiciones. Éstas nos son establecidas en las Sagradas Escrituras, y están ahí para que las veamos todos.

El andar llenos del Espíritu exige, por ejemplo, que vivamos en la Palabra de Dios como un pez vive en el agua. Con esto no me refiero meramente a que estudiemos la Biblia ni que tomemos un «curso» de doctrina bíblica. Me refiero a que deberíamos «meditar día y noche» en la Palabra sagrada, que debiéramos amarla, hacer de ella un festín y digerirla cada hora del día y de la noche. Cuando los negocios de la vida atraigan nuestra atención debemos, sin embargo, por una especie de bendito reflejo mental, mantener siempre ante nuestras mentes la Palabra de Verdad.

Entonces, si queremos complacer al Espíritu que mora en nosotros, debemos estar absolutamente absortos con Cristo. La presente honra del Espíritu es honrarle, y todo lo que Él hace tiene esto como fin último. Y debemos hacer de nuestros pensamientos un limpio santuario para su santa morada. Él

mora en nuestros pensamientos, y los pensamientos sucios le son tan repugnantes a Él como lo es el lino sucio para un rey. Por encima de todo debemos tener una fe llena de aliento que nos mantendrá en fe por muy radical que sea la fluctuación en nuestros estados emotivos.

La vida ocupada por el Espíritu no es una edición especial «de luxe» del cristianismo que pueda ser disfrutada por unos pocos privilegiados que tengan la suerte de estar hechos de un material más bueno y sensible que el resto. Se trata más bien del estado normal de cada persona redimida por todo el mundo. Es «el misterio que había estado oculto desde los siglos y generaciones pasadas, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (Colosenses 1:26). Faber, en uno de sus dulces y reverentes himnos, dirigió esta dulce palabra al Espíritu Santo:

*Océano, amplio océano eres Tú,
De amor increado;
Tiemblo mientras en mi alma
Tus aguas mover siento.*

*Tú un mar sin orilla eres:
Eres terrible, de gran extensión;
Mar que puede a sí mismo contraerse
Dentro de mí pequeño corazón.*